



hojas de arte y letras

7-8

cádiz

COLECCION «ISLA»

CARLOS MARÍA DE VALLEJO: «LOS MADEROS DE SAN JUAN». (Glosario de rondas y canciones infantiles). 2.^a edición. — 4 pesetas.

JOSÉ F.^{co} DÍAZ DE VARGAS: «SEGADOR EN EL VIENTO». (Poemas). — 4 pesetas.

PEDRO PÉREZ CLOTET: «TRASLUZ». (Poemas). — 4 pesetas.

ALEJANDRO GAOS: «ÍMPETU DEL SUEÑO». (Poemas). — 5 pesetas.

ALVARO ARAUZ: «33 CANCIONES». — 4 pesetas.

VICENTE CARRASCO: «RECTÁNGULOS». (Poemas). 5 pesetas.

P. MINELLI-GONZÁLEZ: «7 CAMPANAS». (Poemas). 3,50 pesetas.

JUAN LACOMBA: «CANCIONES SOBRE EL RECUERDO». — 2,50 pesetas.

Seguirán:

«ANTOLOGÍA PARCIAL DE POETAS ANDALUCES». (1925-1935). Prólogo y selección de ALVARO ARAUZ.

R. OLIVARES FIGUEROA: «SUEÑOS DE ARENA».

JULIO ÁNGULO: «RAÍZ DE CIELO».

CARLOS M.^a DE VALLEJO: «NUEVO TINGLADO DE POETAS Y PROSISTAS». (Críticas) y «UNA NOCHE ES LA EDAD DE LAS ESTRELLAS». (Antología lírica).

P. PÉREZ CLOTET: «VIENTO DE MONTAÑA».

redacción :

marqués de cádiz, 5

Mentor: Pedro Pérez Clotet

ROMANTICISMO

La he visto ¡ay Dios!.. Al sueño en que reposa
Yo le cerré los anublados ojos;
Yo tendí sus angélicos despojos
Sobre el negro ataúd.

NICOMEDES PASTOR DÍAZ

Perfil, sólo perfil, y las pulidas
manos en ¡oh!, y tiempo de sonata;
manchado el corte inglés, de hojas caídas,
de luna, yerto, en pos, delirio, ingrata.

Y, en el ojal del alma un «tú me olvidas»
de rubio llanto y pasional posdata;
de unos ojos en blanco, anís, suicidas,
colgados del color de mi corbata.

Mi gran dolor sin afeitar..., de blanco
guante para el adiós bisojo y mudo.
La tarde gris..., el solitario banco.

¡Ay amigos del alma, imaginados,
curadme este, de frío charol, agudo,
dolor de mis zapatos apretados!

JOSÉ MARÍA MORÓN

Pulso de Pío Baroja

Con los recientes libros *Crónica escandalosa* y *Desde el principio hasta el fin*, ha puesto punto Pío Baroja a sus *Memorias de un hombre de acción*. Coincidiendo con ello ha entrado Baroja en la Academia Española.

La ocasión es propicia para intentar examen de conciencia y preguntarnos lo que Baroja sea para las juventudes españolas. No se trata de situar en definitiva al escritor vasco sino de atribuirle un signo de valor aproximado al que le señala en la estimativa de las mentes jóvenes, utilizando para ello los datos que nos ofrecen su vida y su obra, y nada más. Es curioso que apenas nadie se haya acercado a Baroja con un criterio puramente objetivo, desnudo de previos afanes y de prejuicios, en anhelo de entenderse directamente con él, luchando a brazo partido, si preciso fuera, por conseguirlo, para después limitarse—¡tan amplios límites!—a decir una palabra sincera; críticas que son panegíricos, detractores furibundos, es difícil permanecer indiferente—y no muy preciso—según parece. Y unas páginas de José Ortega y Gasset por nadie mejoradas en la elegancia del juicio, en lo firme del análisis.

La época en que «el hombre malo de Iztea» comienza a escribir, coincide con el instante en que el papel España estaba más depreciado. La decadencia de lo genuino se mostraba con relevancia en la morbosa exaltación que lo castizo alzaba; en los toros se olvidaban los desastres bélicos, al socaire de un fandanguillo se conmovían los hombres de pro, un cuplé en la cuarta de Apolo provocaba una crisis. Deleitosos tiempos que todavía añoran en secreto ciertos sujetos que sienten la nostalgia de una juventud de cazalla y café con media. Lo literario oscilaba entre los diálogos—¡tan propios!—de López Silva, los dramas—¡oh, sí, dramas!—de Echegaray, y la profunda filosofía en pareados de Campoamor.

Contra esto Baroja reaccionó en igual medida que el resto de su generación, que los que cuentan de su generación, y su vida como su obra se encauzan en protesta por lo que todavía no ha sobrepasado el bajo nivel de achabacanamiento entonces vigente. Por eso nuestro escritor es ante todo un disconforme, no el tipo de vociferante que se alza contra todo en toda coyuntura sino el hombre sincero que tiene dicha su verdad y no la retira aun cuando la que circule como moneda corriente sea la contraria; a lo sumo recoge sus trastos y se va sin que la marcha suponga estridencia, de puro silencioso que es su paso. Porque hay que señalar que nunca Baroja vocea, ni atormenta los oídos de sus vecinos para que le escuchen a todo trance; no, no es él quien grita cuando habla, cuando discrepa; suele serlo su contradictor quizás porque piense que tener razón depende de la fortaleza laríngea. Recuérdese su actitud a la muerte de Blasco Ibáñez: fría, indiferente, posible tal que otra cualquiera, y cómo no tardó en surgir un oportunista, escritor de oficio, que le colmó de injurias por negarse a figurar en el coro de plañideras a la sazón en funciones.

Está muy dentro del temperamento español esa cosa árabe de no tolerar la opinión adversa, de perseguir al que la profesa como a impío: en España al igual que en África siempre fué posible la guerra santa. Y Baroja que no admite sujeción ni dogma puede parecer extranjerizo siendo lo cierto que pocos españoles habrá que tan reciamente lo sean, desde lo soterrano de sus entrañas, allí donde no llegan culturas, en el auténtico fondo insobornable por ingobernable, que es como es porque es y no hay viento ni llama que pueda cambiarlo; es castizo—aquí, al pie de la letra, la palabra—con los defectos y las virtudes aledañas, y es bien reveladora su posición anarquista, su negativa a fijarse rumbo continuado, su indisciplina, su desdén por los partidos políticos, por los encuadres en otra situación que no sea la de su independencia feroz, absoluta, sin posible temperancia.

Esta actitud suya anárquica se contrapesa con una rectitud interna de primer orden, un afán de trabajo que es en él constante, ir trazando sus obras al filo de los días en incesante labor, en rebusca de textos y datos que sirvan de oxígeno a la atmosfera de su novelística. Pues van sus creaciones enfiladas hacia el rasgo significativo y pocas veces se ha llegado a mejor depuración en el arte de enterarse de las cosas que la conseguida por Pío Baroja, quien sabe rendirnos por una historia bien ligada al ambiente de un lugar y de un momento. Copia cuando hace falta, en las biografías especialmente, pero todo cuanto pasa por su pluma queda por este hecho incorporado a la obra como específicamente suyo, secreto del auténtico escritor que domina cuanto toca; en *Advertencia* a una de sus últimas obras, la vida de Van-Halen «el Oficial aventurero» dice: «Yo he copiado, cuando he tenido que hacerlo, sin escrúpulo»; en ese «cuando he tenido que hacerlo» está el secreto: no copiar caprichosamente sino sólo cuando es preciso; cuando le faltan datos de primera mano, acude a los que se le presentan, la asimilación es cierta por indeliberada.

El gusto de Baroja por la anécdota le lleva, con cierta frecuencia, extraviado de su camino: sale con el personaje, lo agita en todos los sentidos y en cada esquina inventa un azar que le atrae, un cuentecillo que le adormece, hasta que, a medio andar, se encuentran autor y personaje perplejos, sin saber a donde ir porque se les olvidó la meta o porque pudiera ocurrir que su salida no tuviera otro objeto que cazar peripecias, irse, poco a poco, sepultando bajo inquietudes y sobresaltos hasta quedar inmóviles, dando la sensación de que figura y creador se han cansado de tanto azacanear a la deriva. Y no es realmente que la criatura barojiana ame la aventura; en general es impaciente, no goza del azar porque vive una intriga soñando con la que ha de seguirla, apenas ha llegado y esté deseando marcharse; el propio Aviraneta corre con exceso, le ocurren demasiadas cosas y algunas muy banales que no distingue bien de las que merece la pena conservar porque las diferencias le son difíciles de percibir; tanto viajar, tanto ir y venir de un lado para otro, que no le queda tiempo para pensar en nada; siempre embarcado en alguna empresa, sólo piensa en darla término y en empezar otra nueva con igual ardor. Como Baroja que parece soñar en lo que viene después, en lo que está a continuación, deseando conocerlo, comprenderlo.

Del amor de Baroja por la independencia, de su posición aislada, surge agria y espléndida su sinceridad. No diremos que sea cínico por más que algo deliberado veamos en él, por lo menos en su resistencia a colocarse alguna vez en el punto de vista ajeno para contrastar con esta visión la propia. A la sinceridad debemos algunas de las páginas más fuertes de su obra: recordemos las notaciones personalísimas con que dibuja el perfil de un hombre o de un suceso, en esos libros suyos que llamó Díaz Fernández vacaciones del novelista.

Novelista ante todo no se puede negar a Pío Baroja como creador de un mundo suyo, un mundo áspero, desordenado, arbitrario, pero exclusivo. Como auténtico novelista mueve sus creaciones en un círculo estrictamente personal, trazado para ellos, tahures, nobles, busconas, militares, vagabundos, con el sello y la firma del autor, ocurriendo que son habitantes de un país que no es el nuestro, diferentes a nosotros y tan nosotros como deben serlo y no más. Círculo palpitante sí que violento y desgarrado, con un bregar de sus gentes que en ocasiones es capricho y deseo de su creador.

Las ideas de Baroja son claras y valientes; le han valido arañazos y golpes que ha encajado sin perder ese aire de cazurro que le es peculiar, como hombre que puede sonreír porque es otra su ruta y nadie puede cortarla, entorpecer su libertad de movimientos. De cuáles sean esas ideas, algo hemos visto, su glosa puntual ha de hacerse no tardando; bástenos aquí subrayar que como le importan las ideas más que los hombres, no admite la ridícula máxima de que todas las ideas son respetables y con ellas se encara, les clava en la entraña la afilada navaja de su intuición y donde se esperaba una rica presa revela cierto sucio despojo mal oliente; a los hombres los respeta si no están aferrados a lo torpe, al turbio divagar que él combate, si no falsificaron su vida haciendo de ella una máscara, un antifaz que de un pobre hombre pretende hacer un «profesor de cartón piedra». Exigir lealtad al ser de cada cual, en todo caso sin ánimo de ensangrentarse, de herir, pues que lo esencial es decir su verdad, y si lo cierto es que un hombre tenido como inteligente resulta un majadero no será la culpa de Baroja que se limita a exponer un dato concreto que recoge tal como lo contempla.

RICARDO GULLÓN

F A R S A E N 3

Me gustaba por eso y sobre todo
por su especial manera
de coger el tranvía,
tan grácil, tan ligera.
Con sus libros seriotos bajo el brazo,
pero en la boca el terremoto de la fiesta.
Hasta que un día el armatoste, enamorado,
enamorado, enamorado,
la derribó debajo de sus ruedas:
¡que se afilaron, de repente

—circulares cuchillos—, y partiéronla,
de arriba a abajo, en dos partes simétricas!

(La una mitad es esa
que ves por ahí siempre
con su ágil unipierna.
La otra mitad la llevas
oculta en el bolsillo
de tu triste chaqueta).

GUTIÉRREZ ALBELO

Las edades del Guadalquivir

A Federico García Sánchez,
gran juglar del Duero.

Representan en la orilla
sus Cristobitas las ranas
ante un colegio de peces,
de mirlos y estrellas párvulas
—decoración de agua dulce
que en el mar será salada,
debajo de la tramoya
de las puentes ferroviarias—,
y el Guadalquivir vigila
su domingo de piñata,
cuidando que al pez no engañen
los pescadores de caña;
y al abreviar los tranvías
en su orilla urbanizada,
cuando se acercan los trenes,
toca sus tímbrs de alarma.

Acampa junto al molino,
bajo una puente romana,
y charlatán de voz fresca,
gira sus brazos en aspas
haciendo juegos de manos
con arroyos y naranjas,
con pilas de agua bendita
regando las remolachas.

Todo falucho sin prisa
se matricula en Triana.
No se sabe si los remos
se vuelven cañas o lanzas;
no se sabe si la luna,
por ser luna cornigacha,
se lidia en plaza partida,
si en el cielo, si en las aguas;
si alamares son los peces
de lentejuelas o escamas;
y al pasar junto a Sevilla,
en sombra celeste y plata,
¡qué capote de paseo
le da al río la Giralda!

La luna tira al magnesio
la bellísima instantánea
del jaque de treinta torres

a un silencio sin campanas.
Cigüeñas a pie cojito
duermen en las espadañas;
las golondrinas no duermen
viendo aflorar en el agua
largo equilibrio de peces
sobre bicíclo de plata.

Si abrevadero de toros
fuiste ayer por la mañana,
hoy te abrevan las esclusas,
las turbinas de las fábricas,
y tus monedas tartessas
aparecen en tus dragas.

ADRIANO DEL VALLE

Del libro premiado en el Concurso
Nacional de Literatura 1933 "Mundo
sin tranvías".

L U N A

Homenaje a Jorge Guillén

Transparencia del aire.
Noche alta: la luna
ofreciendo su blanco.

¿Llegará el alba? No.
La luna la detiene:
su disco de peligro.

Silencio de las cumbres.
Cada cosa en su sitio,
pero todo muy lejos.

Ni la fuente se atreve
a remover la noche
con su chorro barroco.

Fría quietud. El aire,
terso como la losa,
sabiendo a cementerio.

EDUARDO DE ONTAÑÓN

LAS NECESIDADES DE LA VIDA

POSICION BAJO LAS ACACIAS

Ese toque a hondura escuchada que promueve la presión de tus codos
Al apoyarse en un pretil mi corazón conoce que se ha oído
En el modo que la luna tiene de buscar una carne
En lo que se siente en los hombros el gotear de miradas que baja
Ahora cualquier mar sabe más de lo que parece
Por muy perro que venga a lamernos las heridas que nos prepara
Por muy laúd que pretenda justificarnos como cuerdas
La oquedad en que tanteamos no entiende idiomas extranjeros

Algo soñoliento y noble está empezando a devanarse
Alguna dicha tristecita se extiende como un aceite en dirección a cada esperanza
Algún vuelo de grandes pájaros se ha levantado lentísimo
Y en regata negra y pausada se suceden ante las nieves
Como las doce de la noche en fila atraviesan una catedral
Un castillo en el Norte se ha puesto a delirar
Profetizando con la crin al viento de sus ventanas encendidas
Inminente nos oprime el pecho el último instante de un vidrio
Cuyo destrozo dará gritos a imitación de una voz que decía

Pero las rayas de tu mano congregan barcos perdidos
Por muy equivocado concepto que se tenga de las cosas
Mientras el cielo ejército fantasma desfila

ADIOS AL SUR

Ya sin país el aire de setiembre no era más que su hueso
De porvenir en cápsula dura de tanto regreso indeseable
Como agriaba el espectáculo de los animales en marcha
No obstante los motivos de hacerse perdonar
Que ensayaban los alrededores desde su falta de culpa

Allá en la cueva de las nubes de las corolas de las conchas
Rodaba el sordo son de plomo con que se alterna lo invariable
Cerrando y abriendo puertas hacia donde no hay más que la lluvia
Y un olor de entretiempos que no sabe a donde se dirige

No es que me niegue a dar un paso más
Ni que quiera respirar cielo con un movimiento de defensa
Sé que una masa de mármol es mala conductora de peces
Y en general no es correcto quedarse con un pie en el aire
Pero alguna criatura debiera ser más fiel al arbusto de que procede
Sin resolverse a gusto de un color de muralla

R. PORLÁN Y MERLO

SONETOS

PENA—de siempre

Fuera menos penado, sino fuera
nardo tu tez para mi vista, nardo,
cardo tu piel para mi tacto, cardo,
tuera tu voz para mi oído, tuera.

Tuera es tu voz para mi oído, tuera,
y ardo en tu voz y en tu alrededor ardo,
y tardo a arder lo que a ofrecerte tardo
miera, mi voz para la tuya, miera.

Zarza es tu mano si la tiento, zarza,
ola tu cuerpo si lo cojo, ola,
cerca una vez, pero un millar no cerca.

Garza es mi pena, esbelta y triste garza,
sola, como un suspiro y un ay, sola,
terca en su error y en su desgracia terca.

TABLA—de salvación

Tengo estos huesos hechos a las penas
y a las cavilaciones estas sienes...

—Pena que vas, cavilación que vienes
como el mar de la playa a las arenas.

Como el mar de la playa a las arenas,
voy en este naufragio de vaivenes
por una noche oscura de sartenes
redondas, pobres, tristes y morenas.

Nadie me salvará de este naufragio
si no es tu amor, la tabla que procuro,
si no es tu voz, el norte que pretendo.

Eludiendo por eso el mal presagio
de que ni en ti siquiera habré seguro,
voy entre pena y pena sonriendo.

MIGUEL HERNÁNDEZ

EL NARCISO DE LA CUESTA DEL ROSARIO

¡Ay! Te está matando un vértigo
y tú lo sabes
sin saberlo...

Dos crepúsculos te cercan
los ojos duros de fuego;
dos auroras te desmayan
el perfil como a los muertos;
toda tu luz en morados
y alabastros se va hundiendo...

Que te está matando un vértigo
y tú lo sabes
sin saberlo...

Por los rincones del alma
alguien te puso un espejo:
un ansia de Ti te tira
como un imán para dentro:

te vas cayendo en la noria
vaga de tu propio beso...

Que te está matando un vértigo
y tú lo sabes
sin saberlo...

Lo sabes y no lo sabes:
que no lo sabes sabiéndolo;
lo sabes porque te mata,
no lo sabes porque es dentro...
Yo, cuando paso a tu vera,
lloro de sombras. Que pienso

Que te está matando un vértigo
y tú lo sabes
sin saberlo...

MANUEL DE ROJAS MARCOS

Entendimiento de Andalucía

FRAGMENTO

Para el Entendimiento de Andalucía se requiere una limpia y fina perceptibilidad. El Entendimiento de Andalucía es obra de percepción, porque juzga un mundo subjetivo. Mundo del cerebro y del corazón. Por eso, además, exige amor.

Andalucía es cosa de amar, ver, y sentir, para comprender.

Para entender a Andalucía no basta, sin embargo, venir a ella, verla, disfrutarla. Lo más que se conocerá así será su *ruído*. Hay que otorgarle anticipadamente la simpatía del gesto y la admiración en el ademán aproximativo, y preparar los sentidos para recibir sus impresiones. Esta preparación es un arte. El arte de pulimentar los sentidos hasta el ajuste exacto. Y después, que Andalucía quiera entrar. Ni más, ni menos.

A ciertos espíritus ortodoxamente partidarios de las vías inteligentes en el sistema de percepciones y comprensiones, les parecerá arbitraria esa disposición simpática antes de la percepción. Pero hay que tener muy presente que el Entendimiento de Andalucía no es cosa de la inteligencia, sino del corazón. Es mérito de sentir, no de pensar.

Cuando Pastora Imperio alza su brazo derecho, dando vuelo a la castañuela, y su izquierdo recoge la cola de su bata flamenca, para terminar en la muerte de una vuelta el rito de su baile, no es el pensamiento el que puede dar la impresión. La hermosa gitana repiquetea, con sus tacones, en el corazón. Porque ella con su bata de faralaes, su peineta, sus brazos en alto—llevando al Cielo las castañuelas—y su cuerpo en la epilepsia artística, no es Pastora Imperio: es Andalucía.

Esto es cosa de ver y de sentir. No de pensar.

De aquí hay que partir para ir al Entendimiento de Andalucía.

Ahora bien, colocarse frente a esto, sí, es falta de inteligencia. Es no querer reconocer lo inaccesible. Y ello conserva en el paladar la saliva amarga que segregan las glándulas del fracaso. Porque la inteligencia en el Entendimiento de Andalucía no sirve más que para poder apreciar eso precisamente: si la sentimos o no la sentimos.

El andaluz camina hacia una muerte que le dé la satisfacción, el júbilo, y el gusto: triángulo cuyo vértice—felicidad—sostiene al mundo. Pero naturalmente no está en el mundo. Lo sostiene. De aquí su alegría: *la alegría de Andalucía*.

La pureza de su alegría estriba en una felicidad del alma manifestada exteriormente. Andalucía expresa siempre la alegría de su alma—aun cuando el cuerpo se ahogue en llanto—porque sabe que más pronto o más tarde la felicidad invariablemente la encontrará al «final».

Mas la desnivelación de las facultades y funciones anímicas de las razas ha podido rodear a la andaluza de una fama fulleresca. Es el ardid con que se quiere adoptar una postura perspicaz ante la incomprensibilidad. Pero lo fulleresco en Andalucía sólo lo ven los *extraños*. Para el andaluz es la doble concurrente función de la espacialidad y de la temporalidad que se encuentran fundidas en la intuición.

Esto no es difícil de comprender. Se repite diariamente en mil órdenes distintos. Una noche miramos al cielo, y nos subyugan los divinos misterios con que se nos presenta en deslumbrante titilar: para el astrónomo, sin embargo, es una pizarra en la que puso los primeros números Nicolás Copérnico. Otro día se llenan de preocupaciones nuestros sentidos ante el hermano enfermo: pero viene el doctor y las disipa con su dictamen técnico. Es la ciencia dominando con sus conocimientos exactos de los principios y las causas. Pero el mundo aun no ha podido digerir la ciencia que encierra Andalucía.

RAFAEL DE URBANO

Costas de carne

Líneas de mar estático en mis ojos,
ebrias de silencio, huyeron sin responder al choque
jubiloso
de espuma y agua en elásticos moldes.
¡Entrañas de arena y roca
presas en cintas de alga!
Sólo pudo burlar la vigilia del faro una ola
tierra adentro exprimida, blanca...
En ella fué la noche—peregrino de sombra—
alerta a la palmada ubicua de las cumbres,
con insaciable sed bebedora
de luces.
Sin límites opuestos al camino,
¿quién, noche, cegó tu paso?
Nebulosas de sueño emergen del abismo
aculto tras los párpados.
Costas de carne ciñen camisón de molusco
reflejado en la alta noche de mi espera,
junto a la línea desnuda donde se yergue el busto
escurridizo de las sirenas.
Costas de carne
palpadas por la curva de mi frente
cuando se escapó al cielo el alma de la tarde
por el cuerpo de caña de un cohete.

JULIO ANGULO

Aurora en fondo de amor

Color y sabor de río, sobre tus tibias orillas
—¡tú, que floreces aromas!—,
y estas verdes soledades
que son mis sedes sonoras.
Te llama luz esta luna
como el aura transparente tiene canción de paloma.
Tus ojos, sobre este cáliz
de ardidas y dulces sombras,
se borrarán en honduras
de quietud, de blancas hostias.
Sabor de beso y manzana,
color alegre de ola...
¡Cómo te canta esta voz
de mis soledades hondas!
Marfil de nube en los labios

de mudo amor de las hojas;
miradas de mis caminos
perfilan jaculatorias...
Lumbres de amor, para mí,
bajo las auras sonoras:
ser en tus sueños canción
cuando florece la aurora.
¿Qué voz, esa voz de viento?
¿Qué luz, esa luz de aroma?
Te llama flor este amor
como la espuma del río tiene latidos
de rosa.
¡Qué sueños para tu miel
iluminando mis horas!

AUGUSTO MARÍA CASAS

Poesía y Crítica

¡Voz mía, canta, canta;
que mientras haya algo
que no hayas dicho tú,
tú nada has dicho!

J. R. J.

1

Cuando se logra comprender la poesía como la voz de un ámbito; cuando el poeta teme por su voz dicha al aire y deja que la voz vuele fresca, después de acusar justamente los límites de un recinto; cuando afanarse—preciso verbo goethiano—no es esforzarse, sino sentir que la frente es nuestra palma más pura, al observar la infinita voz que pregona un amplio cierre justo, tan eterno como el cierre del círculo, poesía, es hacer una verdad por nuestra voz, exacta, y crítica en una exactitud, en un perfecto ámbito, encontrar la verdad de una voz, sobre la que un momento la vista y aun la sangre descansamos. Cuando la poesía no necesita existir para brotar la crítica, y la crítica no es consecuencia de un cauce hondo, poético; cuando crítica y poesía son órbita a imponer, la primera a un suceso que en atención profunda erige al crítico, y la poesía al variado detalle que en el canto ha de cerrarse, surgen crítico y poeta como diferentes, incomparables, esenciales recintos, de una verdad expresa y de una verdad a expresar.

Pocos son los primeros y no extraño que a los pocos segundos su función falsamente reconozcan. Pocos los críticos y por tanto escasos los que a los poetas más que exigir clima, adorno, garbo y luz en su poesía, intenten exigirles concepto justo de su posición. Pero la verdad es sencilla: una verdad se cuenta en el poeta a las cosas. Una verdad las acepta o las rechaza profundamente en el crítico. Mi vida rodea a las cosas del aire necesario para que las permita acoplarse al más personal ritmo. Mi vida se rodea de las cosas dispuestas a crecer en un aire capaz de ser asombro de parecida gravedad. ¿La diferencia?. Que la voz poética igualarse pueda a la voz crítica. ¿Necesidad?. Ser imposible hablar de poesía y crítica. Urgente comprender, la existencia de «voz crítica» y «voz poética»

2

Es una vida plena dirigiéndose a las cosas, lo que en su brío canta. Es una vida que desea plena saberse, lo que plantea con agudas maneras objeciones o elogios a verdades logradas, en apariencia logradas sin congoja. La voz poética, limpiando a las cosas de apariencia ficticia, las integra como en vergüenza verdadera. La voz crítica, despojándose en su angustia de fragmentos algo helados, se integra al asombrarse, al encontrar fuera de ella, cerca de su siempre avanzar, cierta verdad redonda, capaz de convertirse humildemente en la porción de un «puzler» que florecerá eterno y completo. No ocurrirá pensar que voz poética es firme arco que enlaza una vida con la apariencia fiel que logra a tiempo su real sonrojo cierto, la contextura exacta de un mundo a quien presenta, y voz crítica algo distinto al arco firme por el que las verdades vienen al crítico a unificar su deseo como en un vuelo aparente. No ocurrirá pensar que si una vida se vierte en las cosas por la ondulación de una voz lograda en cierto ámbito, lo esencial de las cosas puede por un camino que es vereda con cortes y peligros, desembocar en el anhelo que emitió su voz para lograr más pronta integración.

Ocurrirá pensar que es urgente la voz. Ocurrirá pensar que es necesario tener la voz timbrada para clamar el preciso ¡socorro! Ocurrirá creer que la vida del poeta se salva en las cosas por su voz. Obligándonos a pensar que la vida del crítico se salva en las cosas por cómo su voz reclame el auxilio de sucesos, detalles y hasta aún ritmos. Obligándonos a exigir a críticos y poetas, voz y firmeza. Resultando el momento poético y el momento crítico, aquellos en que una vida se justifica en su canto; en que una vida—caso segundo—en su canto se afirma. Pues si la plena vida poética es, cuando logra fijarse, la plena vida crítica cuando logra ser vista por la verdad del suceso sobre el que incide, queda descubierta en forma de presencia.

3

Poesía, crítica. Voz poética, voz crítica. Un ámbito que aun canta, y un canto angustiado que en su sonoro anhelar, ámbito se hace. Un mundo que se logra abriéndose, frente quizá al que cerrándose se logra. La voz en busca de horizonte y el horizonte incierto que logra en una firmeza tener voz. Plena mirada candorosa, y como final, plena presencia que a lo quebrado admira.

Pero sin olvidar que el poeta en su voz se arroja, y el crítico en su apreciación al suceso se traslada. Sin olvidar que por este eterno ir de la voz y del hombre a un mundo inmenso, el momento llega: el poeta canta al aire, porque su voz ya le sirve para medir la distancia a su ritmo florecido, y el crítico enjuicia en su voz, escuetamente a veces, la personal gravedad que lo hace exactamente afirmar. Llegado el momento, el poeta desde su exaltación se integra, a la vida entregándose, y el crítico desde su admiración, desde su honda atención irguiéndose centro exacto de una vida que como un latido siente, igualmente se integra.

La poesía ha logrado pintar con una vida el mundo, hasta lograr un mundo. La crítica logrará plantearse como eje escultórico del mundo en que cayó. La poesía como el calor en la mejilla, ha embellecido el cuerpo, los cuerpos. La crítica se ha entrañado en el aire para que el aire—el aire de un mundo—por ella diga su verdad.

Pero hay dos voces, tiene que haber dos voces. Pero hay dos ritmos, tiene que haber dos ritmos. Pero hay dos ámbitos, tiene que haber dos ámbitos. Definiendo como poetas y críticos, aquellos para quienes poesía y crítica es la voz irremediable incomparable, única, que vertiéndose en unos límites, o una estructura limitando, mide una vida tendida entre la tierra y nuestros ojos.

ENRIQUE AZCOAGA

Tres poemas de Velimir Khlebnikov

Traducción de DAVID VIGODSKY
y PLA y BELTRÁN

I. Abdicación

Me gusta mucho más
mirar las estrellas,
que firmar una sentencia de muerte.
Me gusta mucho más
oir las voces de las flores
cuchicheando «aquí está él»,
cuando paseo por el jardín,
que ver los fusiles
matando a los que quieren
matarme a mí.
Por eso nunca
—¡nunca jamás!—
seré gobernador.

II

Cuando mueren los caballos—soplan.
Cuando mueren las hierbas—decaen.
Cuando mueren los soles—se apagan.
Cuando mueren los hombres—cantan.

III

Cuando los cuernos de un ciervo se asoman sobre la verdura,
parecen un árbol seco.
Cuando el corazón se desnuda entre palabras,
se murmura: está loco.

P O E M A

Qué delicadamente
te apartabas de mí
por temor a tu cuerpo
que te seguía siempre
En tus labios repletas
gestaciones de besos
—besos grandes de luna—
esperaban alertas
palpitando en silencio
el calor de mi boca
que en una primavera
muy de ternuras fértil,
los hiciere nacer
sobre ríos dulcísimos
y entre pomas en flor.
Y yo iba decantando
en mis largas raíces
el misterio del ritmo
de ese péndulo eterno
de la entraña del mundo,
que se hacía dulcisono
de corales y orquestas
al vibrar en la copa
de tu sangre caliente.

Qué delicadamente
con paso cauto y lento
de niño temeroso
que quisiera negar
su lozana presencia

de alba y de jilguero
te acercabas buscando
mi rescoldo silente.
A cada paso tuyo
traías a mi anhelo
el temblor de las flores
que brotan de tu seno
en un presentimiento
de augustas primaveras
donde las noches fueran
cobijo de tus besos,
besos grandes de estrellas,
temblando entre mis dedos.

Qué delicadamente
te alejabas de mí
por temor a tus brazos
que me abrían su pecho.
Rezumaban tus labios
mieles de largos besos
que en espera los míos
guardaban en silencio,
mientras la nueva brisa
de esa clara mañana
que ha nacido en tu alma
y a la mía has traído
mis manos se llevaba
jugando en tus cabellos.

RAIMUNDO GASPAR

V O L U N T A D

A Luis F. Pérez Infante

Sólo tú,
que me has visto
remontarme sobre la vida,
y allá en el cielo, desnudar el espíritu,
para ser aire.

Sólo tú:
ramaje en soledad; luz removida
por la mano del sueño;
puerta que se ha cerrado a recuerdos y sombras.

Sólo tú,
que has abierto mi frente
a una soñada primavera azul,
y has dado mis ojos
a un paisaje de nubes.

Tú sola.

JUAN RUIZ PEÑA

DOS POEMAS

1

Se me agosta el corazón en esta cárcel estrecha que es el vivir de angustias...
Las anchas vías no me son accesibles.
Y la gran llama se acaba, protestando.
Ni el puesto que yo no quiero, ni el esfuerzo con posibilidades de éxito.
Y luego, todas las mujeres
sembrando formas en mi derredor.
Piedad. Una tregua corta.
Imposible prestar a mi verso, jugo.

2

Escribo en Ti renglones invisibles
para editarlos no se sabe cuándo.
Pero mi pena es que no se leerán jamás
y quedarán en mí sufriendo su clausura.
Tan llenos como están de esa substancia
que se llama emoción alquitarada
subjetiva, objetiva y evadible
Poeta: exijo la voz única
porque todas se van semejando
—ecos, ecos, ecos, ecos—
sin el acuse de un ingenio solo.
Un hombre, un grito, una idea tuya.
El coro va muy bien para hermanar orquestas.
Entre el adorno lírico nuevo, tu puñal.
Tu exclamación humana y bárbara.

IVÁN DE TARFE

PRIMAVERA

Perfumada de soles
y de lluvias bañada,
la Primavera ha entrado
cantando en mi jardín,
violetas la vestían,
rosas la desnudaban,
deshojándose a pétalos
sobre su piel de abril.
Nocturnos ruiseñores
arpegiaban su canto,
sus pies en los arroyos
reflejaban la aurora
y todo su rubor
se tornaba amapolas.

MARÍA LUISA MUÑOZ DE BUENDÍA

FUGA

Brazos caídos en medio de la nada;
aletear sintético de pájaros, fingida
fuga rubia de la verde amada
por la espuma sin cal iba seguida
al son de remos, por la ensangrentada
silueta de aquel barco que en la huída
dejaba el corazón en la dorada
bandera de la orilla repetida
por mares sin coral, deshabitados
de viento y voz; detrás, cerca y vecina
iban los altos pechos coronados
de claveles de sal; y, en la felina
ondulación, muertos, desorientados
su cabello y su sangre en serpentina.

ALVARO ARAUZ

Prestigio y ejemplo de Adriano del Valle

Como el motor oscuro de Bastera, exaltado en la sabiduría de su rincón andaluz, la araña de Adriano del Valle ha tejido, minuciosa y cauta, los más raros tapices líricos, para captarnos.

Este refugio del poeta en su puro aislamiento de almáciga creadora, desconectado, casi, de los altavoces de la publicidad, autorreplegándose en sí mismo, a modo de una fruta que se supera en concentraciones, le individualiza, y torna interesante.

Es necesario que un zahorí de valores estéticos como Eugenio d'Ors, denuncie tanta opulencia soterrada y, desde París, con sus cañones tipográficos, bombardee nuestra sensibilida, para que nos decidamos a poner mientes en tal poeta, que ha querido hacer hasta ahora, de la terquedad de su retraimiento, postulado de una actuación sin precedentes.

Prensas parisinas nos obsequian con la primera edición de *Primavera portátil*. La obra llega a nosotros, en rico formato, constelada de cuatro litografías, coloreadas a mano, de Octavio de Romeu, seudónimo, a lo que parece, del autor de *La Bien Plantada*, y en una encuadernación inaccesible de «rara avis» tipográfica.

Sálvase la obra del seguro riesgo de los manuscritos, al par que se le rinde honor muy justo; pero Adriano del Valle es cogido así por los eruditos y bibliómanos, con grave ofensa de su significación de poeta a lo popular, arrebatado, como Elías, al cielo enrarecido de la fama póstuma.

Queda la natural heredera, la multitud, que le crió a sus pechos, desheredada, en tanto. Por fortuna, el poeta va a preocuparse de otras ediciones menos costosas, según, al menos, lo hemos oído de sus labios.

Si calificamos de poeta folklórico a Adriano del Valle, no es porque se nos presente armado de guitarra, en plena efusión de honduras populares; sus inspiraciones son delgadas y puras; su folklore es aquitarado. Sigue el curso de su poesía como un perfume... se asoma, como caracol medroso; se retuerce, se transfigura...

Este es, a nuestro entender, principal prestigio de semejante clase de poesía; porque no es difícil cabalgar en el noble potro común; pero digerir con los jugos del alma tal semilla, y hacerla sangre propia, sólo a muy pocos les es dado.

Del folklore ha adquirido el poeta esa frescura que mantiene su verso como lirio en agua eternamente:

¡Qué trébol de tres arcos finge el puente
con sus romanos pétalos de piedra
que, uno a uno, deshoja la corriente!

(*Río Guadaira*)

Huye el río, ciervo herido
de algún montero mayor,
sangrando rojas adelfas
por islas de fango y flor...

(*Huye el río...*)

En Adriano del Valle hay expresiones tan populares como éstas:

¡Pena de la vida tienen,
si al mar no pueden, las anclas!

(*Bahía de Cádiz*)

En el festival del aire,
¿quién pone puertas al viento?

(*Tempestad*)

¡Hermosa manera de elevar, como Cervantes y Shakespeare, los giros corrientes del idioma a las más celestes categorías!

Y es de esa cantera de piedras centelleantes de donde cortó los jaspes variados de su léxico, siempre primoroso: sus tréboles, margaritas, albahacas, perejiles y dondiegos; sus cucos, cigüeñas, grillos y ranas, sus cucañas, sus velocípedos, sus plata-formas de la risa, sus pim pam pum...

Como la musa popular, ama las expresiones desaprensivas, domésticas, tajantes; las metáforas materiales y pictóricas.

Oblicuo, el rayo desdobla,
escalonado, su juego,
su escalerilla portátil
para que descienda el trueno
(*Tempestad*)

Angeles lindos se orinan
sobre un vivero de soles

Pasan las nubes en lento
resbalar de caracoles

Viento azul, tamborilero,
santero de ermitas pobres,
que rifa una nube blanca
que va enyugada con flores
(*Arco Iris*)

...y aparece San Cristóbal
llenando su palangana,
fregoteando en las nubes
el rubio sol de sus barbas
(*Bahía de Cádiz*)

Y, sobre todo, esta viril imagen:

Y los vientos descerrajan
los horizontes...
(*Bahía de Cádiz*)

Adriano del Valle carece de los apasionamientos del cante jondo. Nota de su poesía es la ponderación, el equilibrio, que le acerca más a la posición objetivadora y deshumanizada de los romanceros:

Córdoba platera, el viento
viene acuñando en tu río,
con plata antigua de luna,
maravedises antiguos
(*A Córdoba*)

Otoño. Viento amarillo,
vientecillo trotador
que el campo, como a un asnillo,
carga con odres de dolor.
Otoño, viento amarillo...
(*Homenaje a Debussy*)

He aquí su poesía impecable, inmaculada, sin concesiones de mal gusto, sin desmayos, siempre jugosa, flexible y nueva.

Tiene el autor de *Primavera portátil* un alma exquisita que se complace en descubrir hasta las parvedades del mundo infantil, en donde halla con frecuencia inspiraciones metafóricas:

El río juega a piola
con los puentes y, hacia el mar,
todos los puentes, gozosos,
sobre el río saltarán
(*Los gozos del río*)

Dondiego de noche estaba
tendido de cara al cielo,
tendido en la hierba fresca
y haciendo así con los dedos:
—Uno, dos, tres, cuatro, cinco
dedos de hojas verdes tengo,
y, en cinco sortijas húmedas,
cinco lágrimas del cielo

(*La Divina Pastora*)

El huracán, perdido entre las nubes,
sobre el mundo jugó a las cuatro esquinas
con arcángeles lindos y querubes

(*Mundo sin tranvías*)

Brisas de torneadas pantorrillas
en últimos columpios, dando al aire
volatines alegres...

(*País a lo Lilliput*)

Esto, sin contar las composiciones en las que, en absoluto, se desarrollan temas pueriles, como las saladísimas *Canción de Cuna de los elegantes*, *Fábula de la Rosa y el velocípedo*, *Berceuse Heroica*, *Pío Nono*, etc., que han sido tratadas por Adriano del Valle con ese tono festivo que constituye la ironía específica de la gente niña.

Creo que unos dos tercios de la poesía de Adriano del Valle es infantil. Sin que aspiremos a demostrar inexistentes afinidades de estilo e inspiración, no parece ocioso afirmar que el autor de *Primavera portátil* es tan clásico ya de la literatura para niños como el García Lorca de *Canciones*, el Alberti de *Marinero en tierra* y *El Alba del adhelí*, y el Juan Ramón de *Platero y yo*.

¡Noble prestigio, sin sensibles precedentes (aunque «Azorín» en su comentario del *Romance de la bella mano ensortijada* sitúe a Adriano del Valle entre Calderón y Mallarmé), el de este creador de una poesía tan alejada de la blandura oriental como de los apasionamientos románticos, graciosa, inimitable, portadora de sales divinas!

¡Y en todo ejemplar, menos en el retraimiento que nos priva de llevarla en comunión a tantos labios, resecos ya por el abuso de muchos exóticos «cocktails»!

R. OLIVARES FIGUEROA

A LA PISTOLA DE LARRA

(MUSEO ROMÁNTICO)

Cuán dulce estás en tu vitrina,
encarcelada en celda de cristal,
frente al retrato de tu fino amante.

Quisiera revivirte la mirada,
el apagado fuego de tu boca
gozar anchos instantes la delicia
de acariciar tu forma con mi mano.

No, banqueros;
no, guardias;
no, bandidos te aman.

Tus delicadas curvas sólo atraen
el puro corazón de los poetas.

Orlada de viudez y de blancura,
una noche de luna y extramuros,
te tengo que raptar y hacerte mía.

Y no para llorar; aunque me estime
disconforme también de los relojes.
Para blandirte, sí, contra ese mundo
que negando el amor, nos da la niebla.

ANTONIO OLIVER BELMÁS

LA NUEVA LITERATURA ANTE EL CENTENARIO DEL ROMANTICISMO

1935. Al clarín de esta fecha, se ha proyectado sobre el «écran» de la actualidad literaria española la película abigarrada y gesticulante de nuestro Romanticismo decimonónico. Mar encrespado de melenas; corazones deshechos en cielos de nostalgia; líricas embriagueces de luna y de ciprés... El público, en general, contempla la curiosa película con cierta indiferencia, espoleado en su atención por la voz enternecida y solemne de los juglares que van cantando sus bellezas. ¿Y los poetas, los escritores jóvenes, que asisten a la fiesta, qué piensan, que dicen de esa atropellada cinta romántica que ante sus ojos va rodando? Hemos creído oportuno saber lo que opinan, recoger para ISLA, de sus labios, el rápido comentario, expuesto, acaso, entre las protestas de los más devotos espectadores... Algunos no quieren opinar. Y se disculpan atentamente. Otros, acceden gustosos—atención que le agradecemos mucho—a satisfacer nuestra curiosidad. Y mientras rueda la película con su encrespado mar de melenas, con sus corazones deshechos en cielos de nostalgia, con sus líricas embriagueces de luna y de ciprés, ellos nos van diciendo...

CARMEN CONDE:

Yo no puedo hablar del Romanticismo porque lo veo en grandes óleos sobre encristaladas galerías. Es ya tema de críticos supersabihondos y no de poetas que, a lo mejor, también son románticos.

No estoy frente al Romanticismo, sino que sigo su orilla. Por la sangre derecha de mis pulsos, su Espíritu Santo me dicta.

Del tiempo romántico y de sus intérpretes sólo retengo las memorias mayores; y de ellas mi mejor amiga es Carolina Coronado: por su poesía y por haberse guardado en urna de cristal al amante muerto. Ninguna otra figura de mejor relieve romántico, clásico, eterno, fundamental, intransferible. Así que yo he conocido la muerte, he comprendido mejor su, mi romanticismo.

No veo románticos de AHORA precisamente, aunque todos los que sueñan en voz alta estén transidos de centenario. Yo pienso siempre—por convicción y fidelidad consciente—, en el Poeta Juan Ramón Jiménez. Por su obra inquieta y permanente, por sus ojos alucinados de pactos con lo Eterno Bello; por su pálida figura de greco que fué moro antes.

¿Frente al Romanticismo? No sé si confesar que no opino jamás del amor mío. Lo amo; es yo, y soy él.

EDUARDO DE ONTAÑÓN:

El romanticismo, con su fondo de ayes en el espejo, y su no saber si ama la vida o la desprecia, y su dejarse ir la mano en el dictado del corazón, y su tomar puntiagudos sorbetes para apagar tanto ardor, y su suspirar, y su maldecir, es una estupenda ebullición que necesitan los tiempos cuando se han quedado fríos y duros. por abusar del mármol y la retórica.

¡Espléndida erupción de sangre alterada!

Después de tanto ser discreto y redicho y respetuoso y estirado, ¡qué bien suena el alborozo del romanticismo, en donde todo da lo mismo, y se pretende vivir la poesía—la poesía romántica, claro—, y cabe todo, desde reírse de un fracaso hasta darse un tiro en la sien!

ADRIANO DEL VALLE:

El romanticismo, amigo Pérez Clotet, tomado como medida cronológica aplicada al estudio crítico de una forma poética, fué una época sin relojes, sin barómetros ni calendarios, que legó, quizás, más bellas y perdurables obras a los Museos de Costumbres—exceptuemos, en España, a Bécquer—y de Reproducciones, a las llamadas «Casas románticas», que a las ediciones populares genéricamente conocidas por «joyas de la literatura universal».

Siento, pues, poca o ninguna simpatía espiritual por el romanticismo en cuanto a expresión literaria de una escuela; pero no me acontece así en cuanto al sentido del bell vivere—locución en que descubrí una magnífica aspiración renacentista, encontrándome no muy lejos de una estatua de Goldoni, o mejor dicho, encontrándome una noche en el Café Florian de Venecia—, al bello vivir de entonces, y a las románticas escenas que nos ofrecen las costumbres, las modas y los estilos que fueron usuales en aquella época.

Así, rigiéndonos por esta escala de predilecciones, creo que más fácilmente me encontrarán visitando las saletas de cualquier escondido Museo isabelino—y digo isabelino por señalar algún estilo—que sentado ante el pupitre de una biblioteca que no contenga en sus anaqueles más obras literarias que aquellas que son llamadas, específicamente, románticas.

Ofrezco, eso sí, a los rubenesproncedianos puros que han sido elevados recientemente al séptimo cielo de algunas antologías poéticas, el disfrute de una milagrosa farmacopea de tónica universal, compuesta, naturalmente, a base de romantiaspirina, fórmula que yo suelo dosificar así:

«Oceanografía del tedio»;

«Cimetière marin»;

«La sangre es más dulce que la miel» y

«La Valse».

Es decir, Eugenio d'Ors, Paul Valéry, Salvador Dalí, y Maurice Ravel, alcoholados en un solo y maravilloso cock-tail, a cuya mixtura, para que no parezca a nuestro paladar una bebida predominantemente exótica—¿no es así, amigo Olivares Figueroa?—le echaremos unas gotas del españolísimo Licor del Polo, esto es, le agregaremos las Rimas de Gustavo Adolfo Bécquer.

Cordialmente amigo de usted, y de su Poeta.

GUILLERMO DÍAZ-PLAJA:

Somos amigos de los enemigos de nuestros enemigos. Puesto que toda postura última supone la repulsión de la penúltima, y una ternura especial para la anterior, que ya ha dejado de ser enemiga, y se aureola de un tinte de época cobrando un encanto recién nacido a nuestros ojos. La moda va más deprisa que la literatura. Las señoras imitan ya el Novecientos—hecho historia—cuando los poetas captan todavía la pureza posible en el naufragio verbal del Ochocientos. Y esta es la postura—de amor y de rigor—de nuestra generación frente al Romanticismo. Captación de la sensibilidad romántica; prevención ante su escenografía.

En cuanto a las relaciones entre las escuelas que en el 800 y hoy propugnan la evasión de la realidad—sueño o lejanía—hay que reconocer que las perspectivas, en lo que hace referencia al aluvión surrealista, aparecen mucho más fértiles en 1925 que en este año jubilar del Romanticismo en España.

ROGELIO BUENDÍA:

Lo primero que hemos de preguntarnos es si existe el romanticismo en estos momentos.

En la vida, podemos contestar rotundamente que no.

Hay románticos, como los ha habido antes y después de fabricarse la palabra

ROMANTICO: de romance. Romance en la acepción de novelesco, de fantástico, de fáustico, de sobrevulgar.

Existen románticos. Pero es preciso formar pueblos románticos, pueblos enteros que tengan una ilusión, exaltados en poesía y en vida poética, que vivan más allá de la realidad, en la ambición suprema de superarse en Dios y en Belleza: es decir, un romanticismo místico o un misticismo romántico, según que se exalte más lo humano o más lo divino, según los individuos y los pueblos.

ALFREDO MARQUERIE:

Hace ocho años publiqué un libro—«Veintitrés Poemas»—que iba dedicado a la generación romántica de 1930. Rebullía en las sombras esa generación. O, al menos, así lo presentíamos unos cuantos seguidores y amigos de las letras de España.

Después, los hechos justificaron aquella suposición, que no era por cierto, ninguna cosa del otro jueves.

Ciertos signos infalibles, entre ellos el evidente renacimiento de nuestra poesía lírica, acusan la presencia y la existencia de una nueva promoción romántica que avanza con firme y seguro paso hacia las primeras líneas de la Literatura y el Arte contemporáneos.

Así, el Centenario del Romanticismo (o si se prefiere la boga romántica del XIX) se identifica al doblar el

cabo del siglo con una reaparición, con una resurrección de algunas características estéticas definidoras de aquel período.

Algunas no todas. En el filtro del tiempo yacen los posos inútiles. Porque en el romanticismo hubo y hay valores admirables, ejemplares, dignos de eternización: fe y fuego barroco, pasión, entusiasmo... Pero también hay cosas sucias greñudas, avinagradas, putrefactas, palideces sospechosas, falsas lágrimas, empalagosos arrumacos, suicidios ante espejos pesimismo, narcisismo, que no pueden ni deben repetirse.

FRANCISCO VALDÉS:

1.—Cuanto produjo el romanticismo literario en España me parece una falsa joya sin realce ni valor. El Romanticismo es un Humanismo sin Humanidades. Un renacimiento sin lozanía de empuje, distendiendo sus tristes flecos en un ambiente decrepito. Las figuras literarias de nuestra época romántica, ¿no aparecen como actores de una farándula de la legua? ¿Que cosa más pingosa esa correspondencia de Zorrilla ahora exhumada por un erudito! Igual vacío queda, en una sensibilidad moderna, la lectura de la «Raquel» de García de la Huerta que «El diablo mundo» de Espronceda. Las notas distintivas del romanticismo son dos: tristeza y rebeldía. Tristeza al no conseguir una loca aspiración egoísta; rebeldía ante la norma y la regla. La literatura romántica es grave y repulsiva enfermedad del espíritu. Algún hombre inteligente—Larra—escapó de ella por un pistolazo: una salida sin redención.

2.—La vida es plan acordado, disciplina y trabajo, recorrido claro y seguro, sana alegría interior, tranquilidad consciente. Como faro: nuestro afán cada vez más ufano con la tarea de orden y más contento con la libertad social disminuida. El hombre, para sí mismo, exigente como un socrático. Se habla ahora, con insistencia, de retornar, dichosos, a la Edad Media. No comprendo con claridad esto. Pero sí me parece que, saltando por lo renacentista y lo romántico, hacer al hombre mejor y más capacitado. Dotarle de humanidad. Moldearle en gremial y artesanía. Confieso que no veo claros los caminos.

3.—La fuente primera del romanticismo está en el alma resentida de Rousseau. No pudo nacer con una tara más odiosa. De ella está impregnado el espíritu moderno. Sus pasos bien marcados en siglo y medio. Los últimos de ahora, pleno anarquismo: social, político literario, plástico, filosófico, usual. Se quiere reaccionar contra ello. Acaso la salida, por la profundidad de la encarnadura, sea un cataclismo como no le ha podido registrar aún esa contable de la humanidad, la señorita Historia. ¿Nuestra actitud ante la época neorromántica que vivimos? La vuelta al trabajo sobre los modelos del clasicismo. Si esta postura lograra vencer las pestes rusonianas, quizá podamos morir en Dios, tranquilos, con la satisfacción de la tarea cumplida. Y un piadoso olvido para lo que naciera de la herencia nefasta del ginebrino.

RAFAEL LAFFÓN:

El Romanticismo es un arte «fuera de sí». Y no aludo precisamente a la furia desencadenada del proceso sentimental—el Sturm und Drang de los alemanes—, conque el arte romántico produce en el lector—en el espectador—, ese estado de conciencia de todos sabido. Quiero decir, que se trata de un arte en función de mero instrumento, que tiene su «base de sustentación» fuera del área substancial de lo que el arte es. El lector romántico que se siente «tocado» en cualquier momento de su lectura, rara vez reitera la gustosa morosidad del contacto con el hallazgo bello—la «belleza» que él busca tiene otra distinta calidad—; antes al contrario, cierra el libro lo aparta de sí y se entrega a una ensoñación: a una especial reverie en donde se gana el famoso jubileo del Romanticismo. (He aquí que el arte clásico—todas sus maneras—, acusa una trayectoria de sentido inverso).

Por otra parte, el Romanticismo (vengo hablando del Romanticismo como escuela) es arte en donde se cumple fundamentalmente una fuerte apoyatura en lo moral. Lo moral, sus contrastes, sus reacciones y sus consecuencias transportados al dominio de lo estético, son de esencia romántica. Bien, en buen hora. Lo moral y lo amor en arte, plantean cuestiones de otro orden, ajeno a estas notas. Pero si tomamos por punto de referencia este índice de «moralidad», que se señala, hay que hacer al Romanticismo una imputación de ser injusto al actuar sus resortes más poderosos. Una imputación de injusto, y de morboso y enfermizo, como hijo larvado de la irritabilidad.

Jean Cassou, en un libro reciente (Pour la Poesie. Editions Corrêa, París, 1934) dice que los románticos alemanes, ante el descubrimiento de la dialéctica, plantearon en la vida—en la experiencia vivida—, el insoluble conflicto de sujeto contra objeto, de espíritu contra naturaleza. Pues bien, este «conflicto insoluble», esta inconveniencia ante la realidad por inadecuación con ella, este disgusto latente, en suma, y esta irritabilidad de reacción varía en que, por consiguiente, el Romanticismo nutre sus raíces, peca de ser injusta, cristianamente hablando, y antirracional a mi parecer.

Entre sujeto y objeto, entre mundo y espíritu, entre realidad e ideales el Romanticismo tiende un puente de arco-iris, feble, falaz, absurdamente cimentado: la ilusión. Al transitarlo surge la catástrofe y aparece el Romanticismo con su brote sentimental de resentimiento. El desencanto, el desengaño, la desilusión han abonado con sus nieblas húmedas y con el rocío de sus lágrimas—permítaseme la imagen evocadora—, toda una feracísima cosecha de novela, de teatro, de poesía romántica. Hágase abstracción de las ilusiones como principio activo del Romanticismo y las tres cuartas partes de la obra de éste habrá dejado de contar.

Las ilusiones... ¿Pero qué es esto de las ilusiones? No me resisto a citar una definición tomada de un diálogo en que Don Juan Valera ha puesto lo más profundo de la sorna de su vieja alma de elegante. Las ilusiones, afirma Don Juan, son un concepto sugerido por la imaginación, sin realidad alguna. Ilusión equivale a error o mentira. Perder las ilusiones es lo mismo que salir del error y alcanzar la verdad. Y la adquisición de la verdad, que es el mayor bien que apetece el entendimiento, no debe deplorarse.

Hasta aquí la cita. (D. Juan pone al canto «ejemplos» deliciosos, de desilusión y fracaso).

Sí, sin duda es injusto y anticristiano el Romanticismo, moralmente hablando... Habida cuenta de que el Romanticismo es un arte moral.

* * *

¿Quién puede decir éste es, en resumen, el Romanticismo, mi juicio final y mis apreciaciones de este Romanticismo que rebasado el ámbito del concepto de escuela, entraña el ciclo a que se contrae toda una forma de expresión del espíritu humano? El arte romántico es todo esto para mí; esto y mucho más. Todo según el color del cristal—del famoso cristal del bueno de Don Ramón de Campoamor—.

Pero sobre el Romanticismo están los grandes románticos: un Novalis, por ejemplo, amigo de las matemáticas, de la esencia y del ser. El Romanticismo y su más violenta contradicción de muchas veces: los grandes románticos. (Un tema y una tesis para proseguir...)

Desde luego, la contradicción en cualquier orden—el principio de contradicción—, no hay duda que es el genio.

JUAN GIL-ALBERT:

La Razón cometiendo adulterio con el Plenilunio—puesto que la razón es esposa legítima del mediodía solar, hora resplandeciente de las aristos—tuvo por hijos vergonzantes, una generación escuálida, febril y vociferadora, cuyo destino luctuoso no sabemos aún si nos conmueve o mortifica, a nosotros, nietos inevitables de tales precipicios. La Madre, adusta por su delito, apenas les miraba; en realidad no llegó nunca a comprenderlos. Y en cuanto al noctámbulo galanteador de ojos de humo, de cabellera de sauce, dióles nocivo ejemplo, siempre de huerto en bahía, de bahía en ventana, de ventana en besos. Abandonados a su solitario crecimiento ¿qué tempestuoso dolor no estallaría en la desproporción de sus afanes imaginativos, y la aparente hosquedad ineludible del cosmos ofrecido por los científicos? Para nada podían calmarles, las ya enfriadas formas de la belleza justa. Buscaron lo sublime y lo grotesco, para irracionistas, aletear su canto entre huracanes de lágrimas sobre otoñado mar. La exacta gravedad del XVIII, había acabado desbordándose y un frenesí encubierto sacude en sus postrimerías aquella sociedad del «rococó» labrada con conceptos abstractos y palabras precisas. Ese algo reprimido, elemental y confuso está dispuesto a rebasar los claros límites. Fue necesario, sin duda, y la experiencia como siempre no ha significado más, que enriquecimiento.

RAMÓN SIJÉ:

En un ensayo que tendrá vida y muerte en «El Gallo Crisis», mi revista de catolicismo positivo, someto el movimiento romántico de creación e historia al tratamiento mortificativo del estilo: el romanticismo como decadencia de la flauta. La flauta libertó al hombre de la selva—y de su representación intelectual: la edad de oro—: en su primer sonido surgió la civilización, la sensibilidad, la naturaleza racional. El romanticismo eternamente le vuelve a la situación crítica: a la agonía de la selva. Porque en la selva hay agonía, y no drama: el drama está en la tierra.

El drama de la humanidad en el romanticismo continúa. Limitemos esta cuestión viva al campo del pensamiento: concretamente, del pensamiento poético moderno. El romanticismo ha conseguido su objeto—a través de un impulso: el XVIII, a través de una pálida orgía: el XIX—en una re-caída: en la selva de la conciencia. Cuando la modernidad menos eterna, menos clásica, menos creadora, con una voluntad de veneno y suicidio, con una voluntad de serpiente, derrota—para decirlo con el lenguaje psicológico que emplea cierto crítico e historiador francés de los últimos movimientos poéticos de sub consciencia—la «antigua mecánica de las pasiones y de los caracteres». El acontecimiento más importante de la psicología moderna es, también, el episodio decisivo del romanticismo últimamente actualizado. Se dió el espíritu y el alma a cambio de la pura tiniebla: el caos de la conciencia prehistórica.

Muere el romanticismo aún. Es decir, se manifiesta estérilmente en la «nueva literatura», siempre en crisis de personalidad, en crisis de humanidad y humanidades. La nueva literatura romántica; he aquí el nombre de la nueva literatura. Sometamos a examen, como demostración, un caso literario hispánico: la poesía de amor. Asistimos, en esa manifestación poética del amor, a la destilación platónica de Bécquer: la reducción a la simplicidad, a la simpleza química, el aislamiento, la blanca deshumanización del melancólico Gustavo Adolfo.

En el centenario del romanticismo histórico español—tan teatral: romanticismo a trompeta, romanticismo a progreso—puede conmemorarse el fracaso creador del romanticismo: el cumplimiento de un deseo y de una profecía. Cuando Stendhal—que fué romántico porque romanticismo era el siglo; que no fué romántico porque romanticismo no era estilo—profetizaba la decadencia plebeya de lo romántico, de cierto romanticismo al menos. Cuando deseaba la simple presencia de su obra en el espíritu de nuestro tiempo.

No me interesa el romanticismo reducido a norma y a historia: bastante hago con soportar humanamente sobre mi ser su co-dominación y su furia. Pero, a la «nueva literatura» debe interesarle grandemente ese centenario: porque tiene su motivación radical en el romanticismo. Yo, desgraciadamente, soy joven: mas, no tengo solamente juventud. Huyan los jóvenes auténticos, honrados, dignos, varoniles, sin política, ni secta, ni masonería—esa esclavizante masonería de la inteligencia, nacida en el siglo XVIII, casi con el romanticismo histórico, o prehistórico—, huyan de los consagrados y de los inconsagrables. Huyan, mirándose a sí mismos: sin contemplarse, sin caer en la mística contemplativa del narcisismo. Huyan, y griten, mientras sus gritos no se conviertan en pecados. Huyan, griten y silben. Pero, silben con la boca cerrada: jueguen con la flauta al romanticismo.

Nada más. Estas son mis meditaciones sobre los indecisos frutos de nuestro romanticismo literario—político-social. Y como en estos centenarios que este año de desgracia van a celebrarse, con hambre, sequía y miseria espiritual—el cercano de Rivas y su tiempo, el lejano de Lope y su época—se elevará hasta los cielos duros de misericordia la pirotecnica verbalista del elogio no sentido, yo, sinceramente, quiero escapar de la zarabanda. Huiré a encantar la soledad con mi flauta. Porque únicamente el sonido de la flauta—y del estilo—conquista a la personalidad, a la historia, a Dios. Recordadme, hermanos míos: donde la soledad es un presente y un homenaje, una saturación celeste de miel y aceite, en la cumbre de la soledad vivo: lanzando a los espacios solos las misteriosas operaciones musicales de mi flauta. Desolándome: pero, solo.

—Unidad, clava tu dardo en mi corazón.

RAFAEL DE URBANO:

Me pide sitio en el papel, ante el Centenario del Romanticismo, la fuerza de dos nombres: Calderón, y con vivos entusiasmos étnicos Lope.

Alrededor de este último, del que precisamente se celebra también en los momentos actuales el tricentenario de su muerte, mi admiración ha encontrado el romanticismo hecho expresión en su vida, ¡su vida no su obra! un canto de unidad, en-medio de la multiplicidad de todos los días, de esas dos cosas eternas y vitales que son el «patriotismo» y el «catolicismo».

¿Que Lope y Calderón son clásicos de nuestra Historia Literaria? Pero ¿es que acaso romántico no es aquel que la acción del tiempo lo cuaja en clásico? El otro, el de escuela, nace, se desarrolla, y muere... ¿Y qué?

Al pensamiento llega el perfil de ese santo de la poesía, Bécquer, que el romanticismo hará clásico en la Historia. ¡Otra vida, no otra obra! ¡Y qué época su época! Luz su alma en un reino de obscuridades. Yo estaría escribiendo y escribiendo a su alrededor hasta llenar muchos libros, y en ellos se encerrarían muchas enseñanzas, no por haberlos escritos yo, sino porque la vida de Bécquer, centrada en Historia, es una terrible acusación social...

Mi juventud y mis fuerzas, que están de lleno en la acción del espíritu, ante el Centenario del Romanticismo, siente ansias de clavar en las esquinas intelectuales este cartel: ¡Cuidado, cuidado; que la vida no se pertenezca a la obra—sino la obra a la vida!

ENRIQUE AZCOAGA:

El buen romántico, perdió el nombre de hombre. El buen romántico, llegó a poder pensar que el mundo era un mundo. Creer en la inspiración, en «la estrella de la tarde», en la divina musa casera de un grabado inglés del XVIII, no le fué suficiente para sentir de la tierra la savia, y de ahí su «insaciable anhelo total». Pero es lo cierto, que el romántico en el mundo de una nube, desesperado sin inspiración y por la inspiración salvado, había perdido la tierra. El mundo, no podía ser para el romántico el mundo creado. El mundo, fué su mundo, la romántica—encantadoramente romántica—limitación por él constituida. Manos pálidas, determinaban los límites de su ámbito y entre las palmas una angustia se extendía. Nunca quiso—¿para qué?—saber si su verdad germinaba un ámbito, o si era su persona sin en sí recaer la que acariciaba un limitado espacio tomado como mundo, como el mundo. Situándose el romántico muy lejos de nosotros—resumiendo lo dicho—por su interés; pues si por algo no podemos ser románticos, si por algo estamos fatalmente frente al romanticismo, es porque nuestro interés origina al centrarse en la verdad un contento—allí exaltación—, mientras que el interés surgido por la exaltación en el romántico, de la verdad, del mundo en que suceden las cosas, le apartaba.

Envidio en él su graciosa seguridad en lo pleno inseguro. Envidio del romántico su desinterés hacia muchas cosas interesantes. Creo que en su vida, se cerraba al mundo. y me veo—y veo a los jóvenes actuales—incapacitado para serlo, porque me siento inseguro en el mundo actual. Porque siento un mundo y en él mi vida inciertamente situada, no como expresión de una plena vida común, sino condenada hasta «el día» a romántico soliloquio. Porque—al contrario que el romántico—por desear mi voz como expresión de una común vida más pura, me preocupa extraordinariamente todo suceso exterior, y según—copio de Spranger—Schmitz—Dorotic, la indiferencia por el contorno en tanto por romántico no fué creado, es lo que al romántico caracterizó.

¿Podía interesar, preocupar a Lamartine, a Musset, una revolución o una guerra? De ningún modo. ¿Puedo yo permanecer monologuando románticamente en vista de lo que espero? Sin duda tampoco, aunque a un extraño, forzoso romanticismo esté condenado. Pero espero—y en esa esperanza justifico mi monólogo sin eco—que mi acto creador recaiga fuera de mí, con la misma justeza que hoy un poco románticamente recae en mi cuerpo. Ya

que pienso que creer firmemente en el romanticismo, ser hoy romántico, sufrir en nuestros días maravilloso engaño, toda vez que me asaltan los problemas consecuentes con haber redescubierto la tierra con los hombres y sus cosas, sería «romántico» sencillamente.

MARÍA CEGARRA SALCEDO:

Resurrección al ansia y al puro amor. Es decir, a la poesía que es anhelo sobrehumano.

Los románticos, ambiciosos de sentimentalidad, tienen el aire empujado—fervor y fiebre—del enamoramiento. Y una pasión, cuando no ciega y enardece es porque se hace melancolía; pero siempre es llama de vida interior.

Romanticismo del que ama y padece y confía y espera. Que aunque se renueven y cambien las escuelas literarias, un poeta es siempre un romántico.

Salvemos la poesía—pensamiento y amor—vida del alma.

La sensibilidad desbordada de la Condesa de Noailles, le hace escribir: «Hay que creer a los poetas que lo saben todo mejor que nosotros; la poesía es la verdad del mundo». Aun cuando mienta, porque entonces nos trae lo inexistente, primera pureza de la verdad.

ANDRÉS OCHANDO:

Será tanto como adoptar una actitud. Y si en aquel movimiento se distinguían perfectamente dos partes; lo que el romanticismo tenía de emoción y sentimiento humanos, y lo que había de gesto. Ante la primera, mi actitud en general es de respeto con leves movimientos de simpatía e instantes de admiración. Ante la segunda, ante el romanticismo como «gesto», como cosa externa—jardines y pipas, perillas y cisnes, suicidios y capas—no cabe adoptar en 1935 más que una sonrisa comprensiva. A pregunta tan amplia no cabe responder sino de esta manera holgada. Y si alguno tuviera la curiosidad de ampliar estas líneas, le bastará leer alguna prosa mía. En ella está—mejor o peor—una «Nueva Literatura» y ya únicamente le falta colocarla «ante el centenario del Romanticismo». Lo único que le pido es que ese «ante» no tenga tufillo de reo ni delincuente. Comprenderá mucho mejor al poner ese «ante» con caracteres de la persona que gusta de pasear viendo un Museo, y que se para «ante» un cuadro—o un hecho literario—para después hacer o intentar hacer todo lo contrario de lo que allí vió una vez bien guardadas las enseñanzas que pudo sacar.

SÁNCHEZ-TRINCADO:

Una generación sentirá simpatía e interés por una época pasada cuando se sienta espiritualmente próxima a ella, cuando se crea a modo de una resurrección o repetición de aquella; cuando no ocurre esto, la ha de mirar con la curiosidad que inspira lo histórico, simplemente.

¿Va a volver un nuevo romanticismo? La nueva literatura, ¿está expuesta a devenir literatura romántica?

El Romanticismo no es un fenómeno literario exclusivamente. El racionalismo del XVIII—fe en la razón humana—trajo como consecuencia el liberalismo—confianza en que el hombre sabría usar bien sus libertades políticas—y el romanticismo—expresión artística de los sentimientos en libertad, de las pasiones humanas exaltadas. El hombre es bueno, había dicho Rousseau, padre del liberalismo y del romanticismo. La ciencia, producto del pensamiento libre; la democracia, resultado de las libertades políticas; el arte romántico, obra del corazón en libertad.

Esto fué el siglo XIX.

Dicen ahora las gentes que la democracia ha fracasado: se confía menos en el poder de la ciencia... ¿Habrá que creer y querer que estas dudas sean pasajeras?

Habrá que creerlo, porque los signos son de una nueva y gran humanización del arte y la política. «Muerte y resurrección del hombre», titulaba una impresionante crónica hace unos días un notable periodista.

La nueva literatura, literatura humana: ésta al menos es mi fe. Por tanto, literatura inteligente y apasionada. El arte nuevo, arte humano. Arte sin prejuicios. Me deca hace unos días don Joaquín de Zuazagoitia que no existe un teatro grande sino en las épocas dominadas por grandes prejuicios: el momento de la Contrarreforma española, por ejemplo. Resignémonos a perder el teatro: ahí tenemos en cambio el cinema, moderno, humano, romántico. La nueva literatura—poesía, novela, literatura didáctica—de esta Edad del cinema, ante el centenario del romanticismo ha de encontrar en aquellos artistas llenos de pasión humana un ejemplo.

JOSÉ MARÍA LUELMO:

Inevitablemente, como la luz hace vibrar la madurez de la rosa, el romanticismo ofrece a los nuevos poetas de hoy un clima transparente y amable, una modulación fértil de su acento.

¿«Enemigos» del romanticismo? los engañados (o desengañados) de su propia ficción; únicamente, los poseídos de su explícita incapacidad.

Los románticos, con su fuerza ingenua y clamorosa, con su griterío superficial de primaveras fáciles, reflejaron con audacia un impulso pasional necesario, impuesto: una irrupción rotundamente creadora.

Seguir aquella estrella equivale a perderse en el vacío. No es posible interpretar el signo de admiración que definimos, en un sentido de acatamiento, ni de consolidación de un ejemplo imitable.

Como todas las fuerzas eternas— aun de fruto perenne— el romanticismo perdió su nivel generalizador, su prurito revolucionario, al perderse en el tiempo, al eludir la ocasión de sus hombres y del ambiente que le favorecía.

Sin embargo... ¿Qué poeta de hoy no ha sentido en sus ojos un brillo breve, pálido, o un gozo prodigioso, multicolor, de cristales deshechos?

Los románticos sembraron sus campos— ¡floración segura!— con los puños del corazón, abiertos y extendidos.

Mientras el mundo renazca en cada día, alguna rosa blanca, dulce y taciturna, poblará ese pedazo de tierra donde alguna vez se llora, se ama o se canta...

Y un poeta, en otoño, desde ese punto exacto del arte, verá pasar las sombras que no vuelven: vivirá un minuto de silencio romántico.

ILDEFONSO MANOLO GIL:

Podría contestar a esta encuesta de ISLA reproduciendo aquí el segundo poema de mi reciente libro «La voz cálida», poema en el que doy esencia poética a mi fervor por el fervor de los poetas románticos. Que el Romanticismo fue ante todo eso: fervor. Pasión tan grande que no cabía en fórmulas de pureza

Y sobre todo, el Romanticismo produjo a Gustavo Adolfo Bécquer siguiendo con él la magnífica línea de la Poesía española. Esa línea que va de Garcilaso a Bécquer y de Bécquer a Juan Ramón Jiménez

Ahora precisamente cuando el Centenario del Romanticismo, yo veo entrar a la Poesía española en un nuevo romanticismo. Un neorromanticismo fino, afilado de fervores.

JOSÉ FERRATER MORA:

Divisiones estimables para la Historia son a veces perturbadoras para el espíritu. Así, el Clasicismo. Así, el Romanticismo ¿Por qué limitarse? En Wagner palpitan, dulces y melancólicos, fragmentos beethovenianos. En el Goethe juvenil y romántico se perfilan crudamente siluetas homéricas. Quien lucha contra unas o contra otras no comprende que toda obra eterna lo es por su amplitud y por su universalidad perfectas. Lo grande es grande en todo. El gran gesto romántico es clásico por su grandeza. El gran gesto clásico es romántico por su desprendimiento. Hay que oír a Sócrates por la tarde para asistir luego, por la noche, al estreno perpetuo de Hernani.

IVÁN DE TARFE:

No es fácil— amigo Pérez Clotet— responder, ceñidamente, a la encuesta: La nueva literatura ante el centenario del romanticismo, por la vaguedad misma del enunciado. Y menos, en una cuartilla. Por muy dado que se sea a la síntesis. O por mucho que se domine la concreción. Convendría aclarar, primero: ¿Qué se entiende por literatura nueva? No hay, a mi juicio, literatura nueva, ni arte nuevo. Hay arte y literatura actual, que no es lo mismo. Nueva significaría cosa creada. Creación. Y ya es conocida— la repito aquí— mi teoría o definición: El arte —en el término arte incluyo poesía, literatura, etc.— es pura morfología: renovación de formas, resucitación de formas. ¿Y nada nuevo— interrogará alguien? Sí. Cuanto conlleve de actual. Los problemas de hoy son los problemas de siempre. Más agudizados. Se ha dicho del romanticismo— Díaz Fernández— que «no ha sido tanto la exaltación de lo individual como de lo humano».

Y se apoya esta afirmación porque Victor Hugo, en 1870, gritaba: «¡Basta de fronteras! ¡Seamos la misma República, seamos los Estados Unidos de Europa, seamos la libertad europea, seamos la paz universal!» Grito que, en 1930, repite Briand. Ello es cierto a medias. Pero fue más individual que humano. De ahí su quiebra. El romanticismo pecó por su exceso de egolatría. Por un considerar el yo, como primordial. Por el impudor que supone colocar a las pasiones subjetivas en plano superior. Como si el mundo fuera uno solo. Como si el dolor de uno solo, afectara al cosmos. Eso suponía, además, un desequilibrio. No obstante, como cualquier movimiento que responde a un estado general psicológico— y el romanticismo indudablemente vivió o se nutrió de raíces hondas, aunque episódicas— generó frutos de evidente fuerza. Empero, el romanticismo, que es generosidad, en parte no morirá jamás. Adoptará moldes distintos, se plegará al instante. En este punto es de una perdurabilidad tan larga como la existencia del hombre en la tierra. Contra aquel llorar demasiado forzosamente había de llegar esta nuestra literatura actual, en la que el predominio de lo objetivo sobre lo subjetivo, nivelaría la balanza. (Nótese que el clasicismo, anteriormente, informó ciclos enteros—centurias— de un sentido ecuménico.) Y corta lo que el romanticismo tiene de gesticulante

Lo que admiramos en un escritor francés, no es sino el sentido de la medida, la paridad de los impulsos en juego. Las dosis, como pesadas, de objetivismo y subjetivismo que integran su obra. O sea: clasicismo. Lo romántico va muy bien al no sé si magnífico o fatal individualismo español

Permítaseme copiar estas palabras del malogrado Angel Sánchez Rivero, formidablemente exactas: «La literatura clásica prescinde de los elementos adventicios, parasitarios, de la vida mental para imponer la línea del pensamiento conscientemente dirigido por la atención; en la literatura romántica se aflojan los resortes de la atención, las asociaciones involuntarias penetran libremente, el espíritu se somete a la acción automática del mecanismo mental. Se podría estudiar la literatura contemporánea siguiendo la línea de esa evolución psicológica. Cuando al objetivismo clásico se contraponen el subjetivismo romántico, se trata simplemente de esas contrapuestas disposiciones

en la vida espiritual. En una sana tensión biológica nuestro espíritu es naturalmente objetivo. Su atención se encuentra sobre el objeto; las reacciones subjetivas acompañan de una manera semiinconsciente en un afán de penumbra atencional. En un estado de normalidad espontánea atendemos a las cosas, no a nuestros sentimientos de las cosas. El arte clásico expresa esa tensión vital hacia fuera. El romanticismo, en cambio, pone una atención enfermiza sobre el sujeto, sobre las sensaciones del sujeto, sobre las sensaciones que en él se suceden».

Pues bien: la literatura nueva—actual—viene a centrar, a situar en su punto, las desviaciones sufridas. Ha de ser clásica. Subjetiva también, pues lo subjetivo—ya que, en definitiva, es hombre quien hace—resulta imposible eludirlo. Sin gritos desaforados, pero sin excesos deshumanizadores. Nuevamente: clasicismo.

Un caso típico de literatura nueva—actual—lo tenemos en Benjamin Jarnés. O en Antonio Espina.—Cito dos autores en plena juventud. (Sin lo griego—que es clásico por antonomasia—¿existiría una cultura en el mundo?). Creo que no.

Pero ¡cuidado!: este objetivismo o retorno al clasicismo que la literatura nueva significa—si quiere significar algo—no es desligamiento de motivos o preocupaciones vitales. El romanticismo, está superado.

Todos nuestros respetos y simpatías para el romanticismo. Y nuestro olvido. Y ahora dos líneas más: se impone la poda del juego—no la supresión total del juego que es, asimismo, deporte o gimnasia mental—para mirar y calar en lo humano visto desde la eminencia, con una serenidad grande.

Y perdón, amigo, que el tema quedó esbozado solamente.

ÁLVARO ARAUZ:

Del Romanticismo la forma y los hechos, nunca las consecuencias. Que el corazón se abra como la rosa de los vientos en cuatro hojas pero que se cierre al grito de la noche.

Mirarse en el espejo negro de los ojos de las mujeres y en su luz perfilar la sombra de nuestro cuerpo y si suena una pistola que sea la del marido.

Nada de atmósferas secas y tristes de las tertulias de café, el pecho joven necesita las naranjas en los labios y el fresco del mar en los oídos.

Al espadachín, ojoso de noches sin sueño y pecho de paloma prefiero el traje ágil y los movimientos de gavilán del matador de toros.

Y por último, las mujeres lo mismo respiran al ritmo del correr de una berlina que de un automóvil: todo depende de la compañía...

MARÍA LUISA MUÑOZ DE BUENDÍA:

Romanticismo: preponderancia del corazón sobre la inteligencia, del ideal sobre lo práctico.

Frente al «Sed prácticos» del novecientos, el «Seamos románticos» del treinticinco.

Alcemos el espíritu sobre la materia, el perfume sobre la rosa.

JUAN RUIZ PEÑA:

Yo, que soy romántico por temperamento, no puedo ir contra el Romanticismo. Pero precisamente por eso debo ir contra la casi totalidad de los poetas que integra la escuela romántica española. Salvo Bécquer—poeta universal de todos los tiempos y en todas las escuelas—, y el Espronceda del «Canto a Teresa», creo que los restantes poetas reunidos: Arolas, Zorrilla, Rivas, etc., podrán difícilmente componer medio poeta. La labor poética del Romanticismo español, salvo las citadas excepciones, es completamente nula y sin interés.

ALFONSO Y FRANCISCO RODRÍGUEZ ALDAVE:

Un poeta de la nueva generación—no recordamos quien—en un ensayo sobre el Romanticismo, ha escrito: «Quisiera haber sido el autor de los versos de los románticos, sin haber nacido antes», frase que la suscribimos íntegramente y que basta por sí sola para indicar nuestra postura ante dicho movimiento y su centenario.

Claro es que el Romanticismo visto desde hoy, solo cien años después de su culminación, se nos aparece limitado a su esencia básica, exento del gesto y del ademán que le hicieron tanto daño, y, aunque parezca paradójico, humanizado. — Porque lo falso y estudiado de los Románticos fué lo que les deshumanizó —.

Pero creemos que más interesante que nuestra posición ante el Romanticismo pasado, que como anotamos más arriba es de franco gesto admirativo, que como tal induce a la imitación, es nuestra actitud sobre el nuevo que al decir de los prudentes se otea ya en la perspectiva. Sospechamos que en esta lucha por los eternos valores espirituales tomará parte activa y por eso desde hace algún tiempo le dedicamos toda nuestra simpatía y nuestra adhesión entusiasta.

T. SERAL Y CASAS:

La titulación de la encuesta para la cual, sin ampliación conceptual alguna se me solicita una opinión, se presta a la confusión que dimana de no saber si es uno, considerado benévola por ISLA parte integrante de la nueva literatura, quien debe opinar, o se solicita la opinión objetiva, espectral, de uno, situado, en este caso, en el fiel de la balanza.

Por otro lado, tampoco interpreto si se pretende considerar—como parece, porque de otro modo no cabría un emplazamiento cronológico—el romanticismo como una escuela o como una actitud.

Mi concepto, parejo a otro más trascendente se inclina, sin coincidir sin embargo con una tan escueta afirmación, del lado de quienes entienden que es una actitud. De tal modo mi contribución a esta encuesta queda yugulada al llegar aquí por la oposición evidente entre mi criterio y el que presumo en ISLA.

Pero ya estas manifestaciones, transcritas sin la reflexión necesaria por la premura con que se me solicitan, podrán servir para insinuar al menos mi personal emplazamiento sirviendo en parte el deseo de Pérez Clotet al requerirme.

JULIO ANGULO:

Consideremos dos tiempos en la vida del Arte, que es la del mundo: el tiempo de un hombre y el tiempo de la Humanidad. En el tiempo del individuo creador el romanticismo debe morir, dejando en el artista su benevolencia, su candidez melancólica y soñadora, para que la utilice en más altas empresas. En el tiempo de todos los hombres el romanticismo palpita con eterno latido, porque cuando el creador se asoma al arte es romántico, es verbo nada más; verbo que le puede acompañar toda la vida en un legítimo modo de ser espontáneo; no como único sostén; sí a manera de estribo fijador a la montura creadora. Cuando sólo romanticismo acapara una vida fácil es que quien lo encarna fallezca en su propio tiempo.

Posponer el verbo a la idea; diluirse en muchas calidades perdiendo una. He aquí la línea. Pero el romanticismo es igual a eternidad; no encasillable por tanto en centurias; de siempre. Vuela del cerebro maduro al que nace. Nosotros fijamos el romanticismo en la primera época de todos los grandes artistas que luchan por abrir a su creación un hueco en el mundo. Romanticismo idéntico—también—a timbal llamativo. Romanticismo: Primera cuerda pulsada en todo laúd creador. Y que no es sólo hinchazón retórica, borrachera pasional—el verdadero—. Romanticismo es verdad en el pensamiento, emociones auténticas sentidas con pureza. Subjetivas si quiere Goethe; pero no literatura romántica por débil y morbosa. Recuérdese que Alemania tuvo su romántico en el autor de «Fausto»; «Verther» es una novela apasionada—romántica—, que termina con el suicidio de su protagonista. Mas, los genios románticos evacuaron el baluarte pasional de su romanticismo a la hora precisa; vivir exclusivamente de sus frutos es peligroso. La genialidad de nuestro Bécquer no flota todos los días en los mares poéticos.

R. OLIVARES FIGUEROA:

A los desequilibrios de la inspiración apasionada, nota de la centuria anterior, los escritores de nuestro tiempo han querido oponer la gracia creadora, y el puro deporte de las luces intelectuales.

Una idea del ritmo más serena, una menor atención a esos episodios íntimos que a todos nos alcanzan, pero que debemos guardar para nosotros, por inestéticos, un reducir las cosas a sus límites objetivos, una aspiración a la verdad, desinteresada, tanto en la esfera de lo real como en la de las intuiciones imaginativas, parecen ser las cardinales directivas del movimiento literario actual, excepción hecha de las producciones que surgen bajo el signo de las políticas dictaduras.

El neo-romanticismo de ciertos autores de ahora es de tono menos doctoral y arrebatado que el clásico, y se nos presenta coloreado por los proyectores de la novedad; prescinde de los agudos timbres jeremías, y evita todo movimiento de mal gusto. Se ha virilizado el gesto, dignificándose.

No concebimos que se escriba literatura romántica por imperativos de escuela y moda, sino por el del carácter personal.

Lo honrado es ser sincero, como dice Rubén Darío.

JOSÉ SANZ Y DÍAZ:

Porque estimo que hay, aunque en embrión, una «nueva literatura» en España, porque estoy convencido que en letras es más importante la sustantividad que la forma, el latido que la expresión, me parecería bien una actitud discreta de consideración y de respeto por parte de «los nuevos» hacia «los centenarios» auténticos. Entendiendo por tales, las plumas inspiradas que en el primer tercio del siglo XIX cantaron la naturaleza, el amor, el dolor, la patria y mil episodios históricos o legendarios; no aquellos otros: que lloraron—lágrimas falsas con brillo de lentejuelas—, porque Lamartine y Musset habían llorado; que empuñaron el clarín heroico, porque Hugo cantara la leyenda de Napoleón, y los otros que se sabían de memoria las páginas emocionadas de Petrarca, Byron y Chateaubriand.

La nueva literatura ante el centenario del Romanticismo estima y respeta de aquellos escritores y poetas, el sentimiento delicado y melancólico; la visión brillante de las cosas a través de los cristales del más férvido idealismo; el vagar de la imaginación, que no contentándose con lo que veían y palpaban los sentidos, se complacía en peregrinar por regiones fantásticas en busca de una felicidad que nunca encontraron...

Todo eso que era patrimonio de artistas, poetas y literatos románticos de la primera mitad del ochocientos, la nueva literatura de un siglo más tarde lo respeta y lo estima, sin llegar nunca al tono admirativo, ciego, inconsciente, que impide la selección necesaria en una escala de valoraciones.

Los escritores de la hora actual tenemos que reconocer muchas de las obras del gran ciclo romántico, entre otras razones porque el «nihil novi sub sole» del latino podrá ser un tópico, un lugar común; pero también es una verdad literaria que nadie discute.

JOSÉ S. SERNA:

Siempre—es inevitable—horroriza un poco el anuncio de un nuevo centenario. Porque ya se sabe en qué ha de acabar: en una tolvenera de cuartillas—media docena de artículos con fortuna, deplorables los demás—y algún discurso engolado y vacío—lágrimas con retórica de circunstancias—.

Si el romanticismo no fuera más que una escuela, que pasó, tal vez no habría por qué quejarse de todo eso. Un cortejo de pálidas sombras que desfila ante ese símbolo que es la figura atormentada de Don Alvaro, mientras manos apresuradas hurtan un poco de tierra de olvido que entristecía los hombros de Martínez de la Rosa, García Gutiérrez, Espronceda, el Duque de Rivas... Y nada más.

Ahora bien; el romanticismo no es una escuela, sino «un estado», como quiere Jarnés. recordándonos—de paso—a Henri Beyle, al señalar el riesgo innumerable de la aventura romántica. Impetu, soledad, disconformidad, agrega Pedro Salinas. Así, ¿no son románticos Rubén, Machado, Juan Ramón? Y García Lorca, y Alberti, y... Creo con usted, querido Pérez Clotet—he aquí lo verdaderamente interesante—, que «una hora romántica—o neorromántica—va rigiendo, en nuestros días, muchas de las mejores existencias poéticas».

¿Quién que es, no es romántico?, preguntaba, en definitiva, Dario. Dario, más vivo que nunca en la joven poesía, según la última afirmación juanramoniana...

Pero esto nada tiene que ver con los centenarios, que—siempre—horrorizan un poco.

N. SANZ Y RUIZ DE LA PEÑA:

Para nosotros, los que hemos venido a la vida de las letras ya cubierta la segunda década del siglo XX, cuando el vanguardismo desplegaba sus guerrillas de combate con el máximo entusiasmo, «frente a frente con lo viejo», quizá con el íntimo deseo, no logrado, por cierto, de crear una tradición propia con elementos también propios. Para nosotros, repito, el romanticismo comenzó siendo—o creyendo nosotros que era—un movimiento absurdo, buen producto del «estúpido siglo XIX».

El tiempo nos va quitando la razón a medida que la distancia pone entre el romanticismo y nosotros una barrera de serenidad, de objetividad y se van depurando los valores y eliminándose las tareas y quedando al vivo sus más puras esencias, tan ricas en valores positivos.

Desecho el concepto creado por el prejuicio propio, podemos hoy ver en el romanticismo un movimiento de fondo y forma, surgido con ímpetu propio y creador. también de un estado propio.

Tanto por lo que tiene de movimiento liberador—¿Hemos en este sentido dejado de ser románticos?—, como por exaltador de las esencias del espíritu, el romanticismo da un paso gigante y rompe con toda una tradición de prejuicios que nadie hubiera osado tocar.

El romanticismo, en puridad, nos preparó el camino que luego hemos recorrido y que aún está interminado en la depuración de la estética, que ha de conducirnos a un logro artístico más perfecto.

A mi modo de ver no puede hacerse del romanticismo ni de ninguna tendencia innovadora una papeleta de catálogo, como se ha pretendido, sino que es un movimiento con raíz auténtica en la vitalidad de la época, al que se puede acatar o discutir, bueno o malo; pero puro en su origen y por lo mismo merecedor de respeto.

EUGENIO MEDIANO FLORES:

Es, tal vez, la literatura actual la que más semejanza tiene con la época romántica, por lo que de movimiento rebelde y purificador tiene.

En la diversidad de manifestaciones que en los distintos países tuvo el romanticismo, todos coinciden en un punto: el anhelo por lo desconocido. El Romanticismo representó un deseo—retrospectivo o futurista—pleno de idealismo por lo desconocido.

En ese anhelar es en lo que la literatura actual se encuentra más allegada a la de aquella época; sin embargo, en su resolución, en buscar la salida de este estado cático, es en lo que se marca una diferenciación patente: los románticos lo resolvían circunscribiéndose al individual mundo de la imaginación; unos, como los alemanes, en el retorno al pretérito; otros, como los franceses, ansiando un mundo nuevo del que daban modelo al, en él, satisfacer sus aspiraciones; todos, creaban un mundo imaginativo.

La literatura actual anhela, sí, un mundo nuevo pero no se conforma con resolverlo en el individuo, sino que lo desea tangible, en la masa, y por ello no da normas, sino que las busca; y, por sí, sólo desea la conmoción que ha de sacarla del caos y colocarla en terreno firme para sobre él laborar.

PLA Y BELTRÁN:

Mejor que dar nuestro parecer sobre lo que creemos fué el Romanticismo, nos parecería hablar de en qué y en cuál medida ha influido éste en la formación de las modernas tendencias literarias del mundo. Pero como este

tema es excesivo para ser tratado en los justos espacios de una cuartilla, nos limitaremos a exponer cómo entendemos el Romanticismo en la literatura actual.

El Romanticismo se ha convertido en algunos países, principalmente en la Unión Soviética, en tendencias neorrománticas, muy acusadas entre los jóvenes escritores sociales. Estos escritores pintan en sus novelas a muchachos fuertes, sanos, con una capacidad de sacrificio formidable, en un continuo deseo de triunfo colectivo. Así creemos debe ser el Romanticismo literario.

Un ejemplo ideal para nosotros es la posición de los maestros Rollan, Gide, Barbusse y Frank, al poner su gran talento al servicio de la clase eternamente vejada, de la clase que trabaja y sufre...

Los que tengan ojos para ver y oídos para oír, que oigan. Esta es nuestra posición ante el centenario del Romanticismo.

ARTURO ZABALA:

Todo en la vida, en literatura como en cualquier otro orden, debe sus cambios a un penduleo constante de reacciones. Tras el materialismo objetivista de principios de siglo, el espiritualismo subjetivista que surge en nuestros días. Del mismo modo que tras el pseudo-clasicismo francés del siglo XVIII—que las influencias galas nos impusieron—, vino la revolución romántica del XIX.

El Romanticismo renace. Nuestro nuevo romanticismo tiene hoy un sentido absolutamente propio. Renace con brotes auténticos, desechando todas las influencias nórdicas—avanzadas del romanticismo de hace un siglo—para beber en lo más puramente tradicional. Los cielos plomizos de las almas torturadas en retorcidos conflictos, dan paso al azul meridional, claro y transparente de un sentir ingenuo, de una sensibilidad sencilla y profunda.

Sin embargo, en nuestra literatura hay, quizá, una excesiva preocupación de forma. Estamos en el momento de transición. Pero como nota bien característica del individualismo romántico, ahí está esa anarquía de forma, esa rebeldía a someterse al encanijamiento de unas reglas de la belleza o del gusto.

J. RODRÍQUEZ CÁNOVAS:

Senda de superación—ahora como siempre, en la nuestra o en cualesquiera generaciones—es formarse una vida en que la inteligencia se descansa un poco en el corazón; en que una abstracción voluntaria aparte de nuestros ojos, de nuestros oídos, de nuestro tacto, cuanto sea exponente o signo de materialidades; en que el sentimiento se haga eje, punto fundamental y cumbre única. Vida que sea, en fin, y en pleno recreo del espíritu una vida romántica.

Cuando se cree, cuando se siente, cuando se ama, se es romántico. Gozósamente romántico, pues no existe nada que deje mayor saquedad en el alma, mayor frío en el entendimiento, que no poder crecer cuando se quiere alimentar creencia, y no saber amar, ni a quien amar, cuando el amor se anhela. Es discurrir entonces por un camino estéril; es avanzar sin un rayo de luz que ilumine y que alegre; es mirar hacia horizontes que se cierran y a un cielo donde ninguna estrella podrá servir de guía; es estar preso en una cárcel de pequeñas causas, de pobres miserias, sin júbilo verdadero y sin estímulos. Pero cuando se cree, cuando se siente o cuando se ama, la ruta es tan hermosa que hasta la misma realidad de todos—la que preocupa e interesa a todos—se convierte o transforma en una realidad distinta y nueva.

RAIMUNDO GASPAR:

El romanticismo es un sentir inherente a nuestra naturaleza humana. Cuando esta pasión adquirió tal protuberancia que se apoderó de nuestra vida psíquica se manifestó en el Arte, primero por un predominio de los sentimientos y más tarde por un exceso de ellos.

Como una vez despertada una energía si se puede encausar en otra dirección, pero nos encontramos incapaces de aplastarla totalmente, lo que hicimos en los últimos años no fué sino intelectualizar la pasión romántica y darle así un escape para descargar el bullicio sentimental que nos ahogaba.

Huímos entonces del alma y del corazón y estos conceptos llegaron a ser «tabú», para nosotros. Hoy ya volvemos a redescubrirlos como tantas significaciones que se nos habían perdido de otros conceptos que comenzamos a tener a la vista. Quizá se acerca una época en que el corazón y la cabeza estarán en sus sitios respectivos.

JUAN ALCAIDE SÁNCHEZ:

Creo que la literatura actual recorta golondrinas de Bécquer en un cielo de ojos que se ciegan, y se agujerea su Larra interior con una pistola de lirismo. Porque el gesto presente que mejora una linde de cien años, apenas si descubre un festón que lo distinga de lo otro: es de un hilo romántico—del mejor carrete romántico—afinado en el escalofrío del uso y de la rueda de nuestros místicos sin carne. Y todo, al servicio de la pequeña humanidad, de nuestro gran desquite, de nuestra eterna sed...

El romanticismo cumple, pues, sus cien años en su día.

LUIS F. PÉREZ INFANTE:

Se acostumbra a ver en lo romántico un producto del tiempo. A mí se me antoja más bien una predisposición natural. Pero, pensando más ampliamente, considero que igual que yo tienen razón los que defienden la hipóte-

sis primera. Y llego a la consecuencia de que se es romántico por temperamento y por educación. En los primeros hay el germen de la Naturaleza; en los segundos, el influjo del ambiente. Romántico por temperamento es Garcilaso. (En estas brevisimas notas no hay espacio para consignar los puntos de vista en que me fundo para esta apreciación). Hubo unos días en los cuales lo romántico producto natural se unió a lo romántico exigido por la época. Y surgió el «Romanticismo», se formó la escuela que sentía a la manera de los románticos, pero con un método, con una forma dictada «a priori». Esos días—aparentemente tan libres; en el fondo tan rigurosos—coincidieron con el esplendor de lo romántico. Vino presurosa la decadencia. El empuje natural se fué perdiendo, sustituido poco a poco por la rigidez de la fórmula. A los románticos del Romanticismo—y no es redundancia—siguieron los románticos de educación, y la que un día fué brillante escuela constituyó muy pronto algo así como una enfermedad. Consecuencia lógica—muy exagerada por cierto—es la posición del día; hoy el que es romántico defiende a toda costa el no serlo, siente vergüenza de declararse tal y ahoga la libertad de un sentimiento aun a pesar del libertinaje que impera. Es que los escarmentados del romanticismo que degeneró en enfermedad no comprenden que ese proceso se debe a la imitación de los estúpidos; ni tampoco que se puede ser fuerte, sano de espíritu y de cuerpo, y emocionarse ante una puesta del Sol.

MANUEL DE ROJAS MARCOS:

Para mí romanticismo equivale a desatino: Su subjetividad, su vehemencia, su entusiasmo infantil, su delirio, su ansia, son tan solo los restos de una brújula rota.

Pero aun claro su mal, no creo que sea fácil a nadie el librarme de él: No es poseer, postura, sino puesto: No es cuestión de capricho sino de lógica—o al menos de buena voluntad que es lo más cercano a la lógica.

Atenas clásica venció frecuentemente al romanticismo porque para eso tenía en todas sus esquinas un recuerdo de dioses y de diosas. Paris el Diecinueve, sin un Dios para un remedio, enseñó a sus buhardillas el único cielo que podía enseñar; un cielo entrañablemente humano de vidas desesperadas por soledad y por cansancio.

Yo creo, y estoy seguro de no hacer el excéntrico, que el romanticismo se hizo sólo para Hotel; nadie lo tomaría como casa propia si cada hombre pudiera hacer su real gana. Quien se luce a su costa es por navegar en la catástrofe: Como esos monstruos que se exhiben en la Feria. O por una excesiva fe subconsciente en el poder de la compasión como el niño que pasea su «pupa» esperando en cada acaricia una receta milagrosa.

Romanticismo es fiebre y convencimiento del desamparo del hombre. Todos aspiramos a la gloria eterna, a la divina sinceridad del alma. Y trabajamos por ella (que toda la vida es Mística).

Aunque a veces es en balde: Cuando la inquietud se aconsejó del cáncer.

Y entonces abandónese toda esperanza; nada se podrá. Porque lo romántico latirá en lo hondo del pecho, a pesar del mar azul y a pesar de las coronas de rosas.

A. APARICIO ERRERE:

De franca negación, ha de ser la postura que la nueva literatura adopte ante el Romanticismo que ahora—1935—golpea con nudillos centenarios. Franca negación a su desespañolizado espíritu, aderezado con brisas traspirindicas. (De aquí la caquexis de valorización interna del Romanticismo español).

Es curioso, que la figura mas sólida de todos los románticos sea Bécquer, poeta de ya mediado el XIX, cuando el fervor romántico comenzaba a amortiguarse notablemente.

Garcilaso, poeta romántico

1

Huelga ya, por sabido, recalcar cuán erróneo y absurdo es ubicar el romanticismo en un lapso de tiempo determinado, encerrarlo en el exacto marco de dos fechas. Recalcar que el impulso romántico no es de ayer, de mañana: sino de siempre. Como algo eterno que es. Como una disposición, un estado especial de alma común a todas las épocas.

Sin embargo, conviene insistir sobre ello una vez más, ahora, con motivo de conmemorarse en nuestras letras el centenario del Romanticismo. Conviene recordar cómo a través de toda nuestra literatura—y lo mismo puede decirse de toda literatura, en general—han ido serpenteando finas vetas románticas, se han ido dando auténticos escapes románticos, antes que el Romanticismo como escuela izara en el aire su bandera de agudos colores. Conviene repetir una vez más que ese Romanticismo de escuela — oficial puede llamarse—, no fué un brote aislado, subitáneo, sino la explosión violenta, detonante, la plasmación en precisos cánones, a favor de las circunstancias, de algo que había venido manifestándose desde siempre en forma más o menos difusa. Así como que el sentimiento romántico no termina con él, sino que se prolonga hasta nuestros días, en los que no es difícil rastrear sus huellas en algunos—de entre los mejores—poetas.

2

He aquí un poeta romántico del siglo XVI. He aquí a Garcilaso de la Vega. Podríamos señalar otros poetas pretéritos de indudable estirpe romántica. Pero nos place referirnos ahora a Garcilaso, tomando pie para unas breves glosas, de la definición como poeta romántico hecha por Manuel Altolaguirre del gran lírico, en el bello libro—bello libro, aunque, digámoslo con toda claridad, no el libro que Garcilaso pedía y que Altolaguirre podía haber hecho—, a él dedicado en fecha próxima.

Garcilaso: poeta romántico. Por su vida y por su obra. Por su vida intensa, apasionada, enfebrecida de amor, ardida de aventura. Y por su obra, fiel reflejo de su accidentada existencia. Por su vida y por su obra, tan intensas y apasionadas, que el poeta, para expresar toda su gran pasión, hubo de encarnarla, en un maravilloso desdoblamiento de su personalidad, como atinadamente advierte Alto-

laguirre, en Salicio, en Nemoroso, en Tirreno..., en todos los simbólicos pastores de sus admirables *Eglogas*,

Garcilaso fué romántico por su amor, por su inmenso amor contrariado, vehemente, insatisfecho, siempre encendido, crepitante en su poesía. Por ese «inmenso mar de amor, con orillas serenas de arenales, con sus acantilados bravíos», que baña toda su obra. Mar de amor, que unas veces discurre plácido, sosegado, y otras se encrespa en espumosas y altas olas, que arrojan a la playa el alma desnuda, adánica, del poeta.

3

Certeramente ha señalado Ricardo Baeza que así como no existe en la realidad el tipo viril o femenino en su total pureza—teoría de Otto Weininger—, así tampoco se da en la realidad el tipo clásico o romántico puro, sino que ambos aparecen siempre mezclados en todo escritor. Sino que lo clásico y lo romántico traban en el interior de toda personalidad una enconada escaramuza. Aun en el escritor más ardorosamente romántico, se descubren reminiscencias, vetas, modalidades perfectamente clásicas. Así en Victor Hugo. Así en Rousseau, que junto a sus obras intensamente románticas muestra en sus *Confesiones* «un modelo de clasicismo interior». Y por el contrario, sólo del vencimiento del primigenio impulso romántico nace el verdadero escritor clásico. Así es como la obra de Flaubert, romántico por sentimiento, por tendencia, a fuerza de un disciplinado y constante esfuerzo aparece cuajada en una fría y marmórea serenidad clásica.

Exacto. Y se podría añadir que todo romanticismo para serlo aceptable, de calidad, para no dispersarse en vanos juegos de palabras, de afectos, ha de ir perennemente enfrenado por oportunas y firmes riendas clásicas.

Pues bien, algo semejante se puede decir de Garcilaso y su poesía. Claro que en Garcilaso la vena romántica discurre honda, sutil, bajo la cobertura de una aparente frialdad, de un sereno ritmo, no por un consciente y libre esfuerzo, sino, como era natural, por imperativo de la época y concepción artística esencial, ingénita, del poeta. Así su romanticismo cruza por su obra como involuntariamente, como al sesgo de su corriente clásica—y precisamente por esto es aquél más interesante—, acusándose ya, por lo general, sólo levemente, ya,

en alguna ocasión, con un irreprimible y no disimulado empuje. Romanticismo el de nuestro poeta puro, limpio, desnudo de exornos superficiales. Poesía la suya que se podría llamar, en forma paradójica, clásicamente romántica, o románticamente clásica.

«Garcilaso—escribe Altolaguirre—es un poeta romántico no sólo por su obra, sino también por sus amores y por su vida. La retórica con que vistió sus sentimientos no puede ocultar la verdadera naturaleza de su pasión».

El romanticismo garcilasiano diríamos que se debate con tímido ardimiento, como ave prisionera, entre una estricta malla de retóricos conceptos. Bajo su aparente y elegante frialdad—elegante frialdad renacentista. Que viene a ser como un largo, sutilísimo temblor emocional, que sacude e sereno mármol de su poesía.

«Romanticismo sin llama...: Estilo moderno», escribió Angel Sánchez Rivero. Romanticismo sin llama podría llamarse al de Garcilaso, que cabe relacionar ciertamente con el romanticismo hondo, fino, medido, de la poesía actual.

4

«Todos los adolescentes excepcionales de todos los tiempos, de todos los países, de todas las ideologías, al llegar a su adolescencia escriben una rima de Bécquer». A la sombra de estas palabras—sagaces como suyas—de Benjamín Jarnés, nos place unir, por encima del tiempo y de las

circunstancias que los separan, estos dos nombres: Garcilaso, Bécquer. A la sombra de estas palabras jarnesianas, no es grato emparejar a Garcilaso y Bécquer, unirlos en su intensa y breve vida, en su sensitiva y prolongada adolescencia, en su hondo amor desgraciado, insatisfecho. En su vehemente pasión amorosa, que vive, palpita en el paisaje que sus ojos contemplan: amargo recuerdo, triste testigo de su desgracia, y, al mismo tiempo, piadoso bálsamo de sus heridas. En ese amor que tiembla en la hoja, en la flor, en el río, en la nube...; que se funde con la naturaleza toda—con la naturaleza tan profundamente sentida y amada por ambos poetas—: espejo vegetal que refleja la imagen dolorida de sus almas.

Garcilaso: adolescente perpetuo; perpetuo gustador del primer amor soñado, ideal, a través de todos esos amores que le hieren con sus cristales. Garcilaso: eterno adolescente, con sus ojos siempre llenos—deslumbrados—de estrellas altas y lejanas; de estrellas verdes, blancas, azules, que parpadean en cielos de ensueño. Garcilaso: eterno peregrino por jardines irreales, donde florecen rosas de no visto color ni aspirado aroma. Eterno adolescente, triste, ilusionado, herido de invisibles hortigas—¡como Bécquer!—, que pasa por la vida—y permanece en su obra—envuelto en su elegante tristeza, en su «dolorido sentir», en esa prolongada, esbelta queja de su amor imposible.

P. PÉREZ CLOTET

T. S. H.

DE UNA CARTA DE FALLA

Señor Don Pedro Pérez Clotet.

Mi muy distinguido amigo:

Cruzada con mi última, que le envié a Cádiz, recibo su muy grata de Valencia con la nota de «Informaciones». No sabe usted hasta qué punto me emociona el proyecto de ustedes, y sobre todo por la significación cariñosa que tiene viniendo de mis paisanos...

Le adjunto un recorte—muy reciente—de la prensa de Sevilla, por el que verá usted, mejor que por cuanto yo pudiera decirle, la imposibilidad en que me encuentro de aceptar nada que tenga carácter de homenaje. Recordará usted mi resolución, hace unos años públicamente expuesta. Ni las razones que entonces me movieron han desaparecido, ni mi conducta puede ser otra en lo sucesivo, puesto que sería agraviar a todos los que han tenido la gran bondad de proyectar estos actos sin que haya podido aceptarlos y complacerlos.

A todos los amigos de ISLA un cordialísimo y agradecido saludo. Recíbalos usted, con mi deseo de poderlo hacer pronto personalmente.

Un apretón de manos de su muy amigo

MANUEL DE FALLA

Nota.—Aprovechando la feliz coyuntura de publicar en nuestra Revista un original inédito del insigne maestro Falla—a quien desde aquí queremos agradecerle públicamente el honor que con ello nos dispensa—, proyectamos dedicarle un modesto homenaje, sincera muestra de rendida admiración. Pero como ha visto el lector por la precedente carta, el maestro—tan ilustre como modesto y firme en sus convicciones—declinó dicho homenaje por razones de índole sentimental, razones luego reiteradas per-

sonalmente, allí en su acogedor y grato retiro de la Alhambra. Ya lo saben cuantos amigos acogieron nuestra idea con tanto entusiasmo y a nuestro primer requerimiento se dispusieron a contribuir a darle vida con su erudición y su talento artístico. P. P. C.

LIBROS

No crítica, ahora. Si acuse de recibo, desde aquí, a los hermanos.

1. *Transparencias fugadas* es un cuadernillo de poemas limpiamente editados por esa *Gaceta de Arte* que desde Canarias lleva en sus hojas vuelos de pureza artística a los cuatro caminos de los aires.

Con él surge en plano de actualidad una pluma cuyo movimiento creador parece formarse a impulsos del aire como motivo. ¡Ah, y si he dicho yo por esos periódicos que el aire tiene un tesoro primitivista! ¡Si he dicho yo que el aire ha sentido el aliento Divino, y fué portador, hasta la materia indefinible, sin orden, ni disposición, ni forma concreta con que se nos presenta el principio de la Tierra, de las delicadas armonías de la Verdad! ¡Y si he llorado yo la falta de su sentido como elemento íntegro y autónomo! ¿Os dais cuenta qué emoción estas páginas de cristal que nos revelan al poeta de las transparencias?

Poeta de las transparencias, pues, Pedro García Cabrera, su autor.

Pedro García Cabrera, verso a verso, raya al movimiento; lo instantáneo queda eterno; el horizonte, que se escapa, la metáfora lo caja...

Pedro García Cabrera ha hecho este bronce lírico:

«...hasta caer—rendidos los tendones—
en el parado techo de los mares».

Y ha sabido alcanzar ese difícil momento alto de saber parar en seco el espíritu y prender al aire en movimiento.

2. *Pimpin*. Poesías de Raimundo Gaspar. Su pensamiento hecho vibración y cuajado en papel blanco, blanco, es un regalo a la impresión. Junto esa cosa honda, honda, que marea, que son «los ojos verdes», aparecen las aristas de «voluntad», fuerza alta. Y junto a lo azul de «hermana» lo policromo de «regazo». Y entre las páginas: «mujer» y «mujeres»: dos ángulos.

Para ver y leer, y dejarlo, este *Pimpin*. Y después cogerlo. Y entonces volar con motores interpretativos. Y siempre encontrar al poeta en lo suyo, fiel, lírico. Nada de esto ni aquello. Lo suyo. Y los demás, si quieren, con él.

3. *Identidad*. Un libro de la «Pen Colección» que al empezar dice: «Y el lector allá, entonces, su alma en su palma...»

Su autor, Rafael Laffón, es denso, y absoluto. Los conceptos de sus poemas no están en él. Pueden o mejor dicho están en cada lector, y están en cada lector, afirmo, porque los conceptos existen, aunque algunos se echen la vista hacia dentro, y no los encuentren. Por eso, el lector allá, su alma en su palma...

Cada poema regala al impresionismo una máxima potencia valorativa. ¿Buena? ¿Mala? Eso en las manos que lo manejan. Cada uno consigo mismo, y frente a frente, página a página, de este libro *Identidad*, tendrá que coincidir conmigo en que no admite firmas al margen, sino claras inteligencias a su lado.

Si no habéis visto el perfil de las cosas, tirad el libro. ¿Cómo entonces ver el de los sentimientos? Sin percibir aristas intuitivas de vuestra personalidad este libro de poemas es algo vacío e incoloro.

4. *Poesía infantil recitable*. He aquí una colección de versos, (¿una antología?), preparada para el horno ingenuo por José L. Sánchez-Trincado y por Rafael Olivares Figueroa, mis dos fervientes admirados amigos.

Me gusta. Ahora, ¿le gusta a los niños?

¡Ah, este problema!... Miss X.

Porque resulta que los niños, a veces, tienen esa honda sabiduría de que le pone usted delante un libro de versos y otro de cafeteras, y resulta que el niño—¡diablo!—se pone a mirar las cafeteras.

Y todavía hay más. Hay, que a lo mejor este niño, se nos cuelgue después en su generación como el mejor poeta...

Encontramos, desde luego, muy amplia la bondad con que se han ido encajando los versos; y las firmas, en conjunto, determinan cierto desequilibrio, que se origina porque la atención de los autores ha bailado de los poetas a los versos, y de los versos a los poetas.

Esto es natural cuando estas obras se llevan a cabo entre dos.

Y precisamente este libro pone de manifiesto, apartándonos del ángulo infantil, las buenas sensibilidades literarias de Sánchez-Trincado y Olivares Figueroa, que saben profundizar, y han hecho con éxitos excelentes creaciones, en prosa el primero, y en verso el segundo.

5. *Willi Baumeister*—Monografía de Eduardo Westerdahl. Cosa interesante. Páginas bellas. Presentación lujosa. Anda en esto *La Gaceta de Arte*, que Westerdahl dirige.

Ser minoritario, y encontrar compañía, es una bendición. La sana interpretación es algo maravilloso, el júbilo de encontrar una sola mirada comprensiva, es buen pago de un esfuerzo artístico. ¿Qué no será cuando el hallazgo no es de una interpretación aislada, sino de una expresión interpretativa?

Willi Baumeister ha tenido esa bendición con Eduardo Westerdahl, que le ha cuajado su espíritu renovadoramente decorativo en las páginas de este cuadernito monográfico publicado en las ediciones GA.

Nuestra curiosidad artística, afianzada en estudio, no ha dejado el horizonte hacia atrás, por el que se abre delante. El interés de lo que hicieron es un acicate más para lo que se puede o se debe hacer. Cerrarse a la intransigencia es sacarse los ojos. ¿Hay algo más monstruoso?

Gran regalo, pues, nos ha hecho Westerdahl.

Y destacamos aquí como un objetivo trascendental en el moderno desenvolvimiento pictórico la consecución por el artista de una bendición en interpretación expresiva como esta de Willi Baumeister.

RAFAEL DE URBANO

UNA CONFERENCIA DE ADRIANO DEL VALLE

Pocos conferenciantes pueden hablar sobre Fernando Villalón, traer a Villalón de los campos altos de los cielos con pastos de estrellas y rebaños de nubes, como Adriano del Valle. Adriano del Valle vivió con él, convivió con él, y ambos radiaron a los vientos, con ansias de purezas, el telegrama juvenil, la aurora concreta de *Papel de Alelujas*.

Adriano del Valle, el poeta que porta ríos azules en las manos, rompiendo su silencio ha pronunciado una conferencia en el Ateneo de Sevilla. «Telefonía celeste» su título.

Y Fernando Villalón, arcángel con caballo y espuelas, acudió a la cita del poeta del Guadalquivir, se paseó por el salón del Ateneo, radiografiado, modelado en los aires. Y el poeta de *Andalucía la baja*, de *Romances del ochocientos*, con la garrocha en una mano y la varita mágica en la otra—según lo viera Jorge Guillén—, puso su nota recia de ganadero y de mago, bajo los cielos de Sevilla en equilibrios de campanas.

Poeta de los ríos y poeta de los campos. En relación íntima. El poeta de las salinas, bandejas saladas en las tierras flojas, y de las diligencias y de la sombra, redivivo, vertical, transparente por la palabra metafórica, juguete, de Adriano del Valle.

Nuevo salón espiritista, el Ateneo Sevillano, supo de una honda emoción por alguien, que se marchó por no sabemos qué escala de luceros y de nubes.

La pregunta de Gerardo Diego en su Antología empieza a ser contestada.

Los amigos íntimos de Villalón, reconstruyen su vida. Y esa vida, llega a nosotros y nos hace vibrar, sentir con profunda emoción, por un poeta que se fué de la literatura cuando comenzaba a dar su más óptimo frutos.

Al final de la conferencia, Adriano del Valle, dió lectura a varias poesías de ese juguete—con exteriores «rosa—vino y lazo gris—acero» según lo bautizó Eugenio D'Ors en una de sus «Glosas»—de *Primavera Fortátil*.

Estas poesías, fueron ilustradas en el encerado por las «tizas eléctricas», sueños de sombra y luz, del audaz y fino dibujante Pepe Caballero.

R. MANZANO

RISA Y ANECDOTARIO MARROQUÍES

Zocos africanos o plazas de Alandalus si gustáis. Es día de mercado y el sol retuesta los rostros ladrillo o aceituna de tanto mozo moreno, los albos dientes mostrando como tarjetas del reir. Ríen oyendo narrar los cuentos, anécdotas y ocurrencias atribuidos a Yehá.

Alguien cuenta por ejemplo:—Yehá tenía dos esposas que no le dejaban tranquilo hasta que declarara a cuál de las dos quería más.

Para ponerle a prueba la más joven le dijo: si nos estuviéramos ahogando en un lago, ¿a cuál salvarías primero?

Yehá perdió todo escrúpulo y dirigiéndose a la más vieja le dijo: yo creo que tú sabes nadar un poco, ¿no es así, amada mía?

Nos creeríamos en muchos casos en una tertulia andaluza de hoy.

Yo recuerdo algunas otras ocurrencias, que oí en el zoco aquel día excepcional e imposible de fechar:

Una noche Yehá oyó, mientras dormía, voces de una gran disputa en la calle y, contra el parecer de su esposa, salió para ver qué sucedía, envuelto en una manta. Los alborotadores eran ladrones quienes, en vez de responder a las preguntas de Yehá, le quitaron las mantas y huyeron.

Su mujer, que lo esperaba en casa, le preguntó qué había pasado: esa gente disputaba por mi manta; cuando la tuvieron en sus manos se pusieron de acuerdo, dijo Yehá.

—Una vez Yehá escaló la tapia de una huerta valiéndose de una escalera y cuando puso pie en tierra le preguntó el hortelano sorprendido: ¿quién eres y qué vienes a hacer aquí?

—Soy vendedor de escaleras.

¿Y desde cuándo—replicó el hortelano—se han vendido aquí escaleras?

Yehá le respondió, extrañado de su ignorancia: pero hombre, ¿ignoras que las escaleras pueden venderse en cualquier parte?

—Queriendo edificar una casa, Yehá hizo venir a un albañil. Este iba de un lado para otro indicando: aquí construiremos un comedor, aquí la despensa... De pronto se le escaparon ruidosamente unos gases y Yehá, siempre oportuno, exclamó: comprendido, aquí construiremos un retrete.

—Un individuo que encuentra a Yehá le pregunta a donde va: voy al mercado a comprar un burro.—Dí si Dios quiere, añadió el primero...

...En el mercado alguien le robó la bolsa y Yehá se tuvo que volver sin hacer su compra.

El amigo le encontró de nuevo y le preguntó: ¿qué has comprado Yehá?

—Mi dinero, dijo éste, me ha sido robado, si Dios quiere; maldito sea tu padre, si Dios quiere.

No todas las anécdotas eran de este tono tan dicharachero. Había una de acento deliciosamente poético que citaré para terminar:

—Un día le preguntaron a Yehá: cuando entra la luna nueva ¿qué ocurre con la vieja?—Pues que la cortan en trozos y con ellos se fabrican estrellas.

* *

Lector: si quieres saber quién sea Yehá, ese jocosos personaje medio real medio fantástico, si quieres sobre todo conocer sus otras ocurrencias tan chispeantes e ingeniosas como las que anteceden, lee el magnífico libro *Cuentos de Yehá* reunidos y ordenados por Tomás García Figueras, en quien las armas nunca, para honor suyo, han embotado las letras y cuyo substancioso prólogo al frente de aquéllos satisfará tu curiosidad, que he pretendido despertar. Incompetente yo de un modo absoluto en lo que toca al folklore marroquí no debo añadir nada por mi cuenta, después de haber actuado brevemente de modesto juglar. Varias veces he saboreado la extensa colección y, habiendo escogido para mi gusto particular un centenar de narraciones, sólo he destacado seis por razones de espacio, más como evocación de gustador que como papeleta de erudito.

**

El libro—joya editorial del mejor gusto—va ilustrado magníficamente con grabados en madera y litografías de Teodoro Miciano.

No conozco bien su producción anterior para poder situarlos debidamente. Dicho sea en su mayor elogio, que ha huído con la mayor severidad posible de ese arabismo de bazar tan falso y primo hermano de la Andalucía de pandereta conque se nos ha martirizado tanto cuando éramos muchachos. Sobriedad, no cromo. Depuración, que no pobreza. Córdoba mejor que Granada, quede dicho para el buen entendedor. Más que ilustración, compenetración absoluta con el libro y el propósito del excelente colector.

Y basta, que es dura pluma y no incensario lo que tengo por costumbre manejar. Más obligado aún en la medida cuando se trata de dos buenos amigos míos. No se me tachará de exagerado si, en lugar de pedir para ellos—que no se enriquecerán seguramente con su obra—una bodega entera, como se merecen, lo dejamos reducido a unas cañas de manzanilla. A Berceo le hubieran gustado mucho.

FRANCISCO GARCÍA ROMO

«A LA SOMBRA DE MI VIDA»

«Coincide la crítica en situar a Pérez Clotet dentro de la órbita de Jorge Guillén, junto a los discípulos de la poesía pura, representada por Valery como máximo artifice. Mas evadiéndose, evadido. Es cierta la apreciación. Pero Clotet, que goza de aliento y no ajeno precisamente, alejando y perdiendo influencias, se halla a sí mismo. Encuentra su modo, que no es sino equilibrio perfecto. Pérez Clotet labra su cosmos a trasluz. Para que ideas y cosas—en su forma primitiva—no hieran, coloca la gasa de su temperamento ponderado, delante. Atenúa así la violencia del primer término. El segundo será, pues, el trasluz. Su esfera de acción. Su laboratorio. Hay una insistida emoción humana y el regusto de encontrar tonalidades ligeras como vientos angélicos. Nos llena ¿versos ópticos? la retina, de colores y dibujos estilizados y, en cierto modo, vírgenes. De metáforas incommunes. *Trasluz* se lee y releo con deleite. Un bello haz de poemas, débito de otro más perfecto.»

El bello haz de poemas, débito de otro más perfecto, a que aluden los renglones anteriores—opinión de *Trasluz*—está—saldado—en mis manos. Y lo acarician las manos sí, pero mejor aún y más amorosamente, el espíritu. O las potencias intelectuales, es igual. Versos ¿ópticos? dije de *Trasluz*. Quiero reiterar el calificativo. ¿Caprichoso? Juzgo más bien—y perdóneseme—que acertado. Tan acertado, que brindo el tema a quienes gocen de más tiempo y agudeza que yo. Apunte para un ensayo de no escasas sugerencias.

A la sombra de mi vida o 23 tiempos de meditación. Veinte y tres composiciones deliciosas en que se conjugan, armoniosamente, delectación, arte y altura. O como tres dimensiones: largo, ancho y profundo. Eso es, nada menos, el último libro de Pérez Clotet, cada día pulsando distintas cuerdas de un mismo instrumento: poesía.

A la sombra de su vida se acoge el poeta para reflexionar. O en su mundo interior, o en el cuarto de estudio situado muy cerca de lo que Unanimo llamó *cogollo del corazón*.

Desde aquí dispara su lirismo, limpio, bruído más exactamente, sereno—objetividad sedimentada—y humano—la propia pasión. Sin la cual, exenta de influjos exteriores, no pueden darse entidades o valores de permanencia.

Cuántos versos de imagen preciosa y delicada. Por ejemplo: «¿Hay compases de nubes de color en el cielo?»

«Te embarcas en el alba como en un río de pájaros»

De alguien que camina por el «Bosque sin límites», una mujer, una idea:

...«encerrada en la selva viva de tu palabra».

Y luego: «Tallos que te cercaban

como dulce escuadrón de manos complacidas.»

Y: «Ser uno, que es ser todos juntamente:

todos, todos presentes en un mismo latido».

Pérez Clotet llega—A la sombra de mi vida—a una plenitud dichosa y difícil de superar. Su poesía es—ya se ve—de un clasicismo irreprochable. Clasicismo de entronques magníficos. Y por otro lado, novísimo dentro de la acepción que hoy damos a la palabra «nuevo».

Pérez Clotet dió con su senda mejor. No más vacilaciones. La poesía o tiene acento propio, o no es poesía. Claro que el acento propio, no se alcanza sino tras largas jornadas. La Gracia se da a quien guerrea y sitia la plaza y la toma. Y pone, después, bandera blanca en el punto más alto. Con soldados así la historia de esto o lo otro, es. Todo lo demás, música, y no celestial precisamente.

IVÁN DE TARFE

«BALADAS DEL QUIJOTE»

Unánimemente ha elogiado la crítica este nuevo libro—número 4 de «Pen Colección»—del joven y brillante escritor Andrés Ochando. Todos los elogios son justificados. El autor se ha acercado con fervoroso ademán, con delicado paso, al libro inmortal, para glosar, libremente, en una feliz captación de matices psicológicos y en una íntima y admirable comunión con el paisaje manchego, algunas de sus más conocidas y bellas escenas. Ochando esculpe las figuras desde el comienzo con rasgos firmes y precisos, recortándolas en la llanura infinita, contra horizonte y cielo rendidos de solemnidad. La Mancha vibra en toda su grandeza, como una melodiosa y robusta orquestación de luces, colores y sonidos, en el libro de Ochando, quien se goza en la descripción del paisaje manchego, con amor de poeta, y logra páginas verdaderamente felices. Y cuajadas en una prosa caliente, jugosa, elegante, moderna, aunque de cierto regusto clásico, conscientemente perseguido. He aquí por ejemplo, cómo describe el autor el primer estremecimiento de la madrugada en la venta donde Don Quijote vela sus armas: «De la cuadra cerrada salían por debajo de la puerta las últimas sangres de aceite del candil y un olor denso a paja blanda, a sueño, a pastizales recalentados de sol. A un lado del postigo, tirada en el suelo, una manta, ya vieja, que dejaba sonreír sus hebras verdes y encarnadas trepando por el color marrón oscuro como si fuera una prolongación del terreno. El triángulo negro y chillón de un morceguillo se destacó junto a la canalera, refugiándose debajo de unas tejas del palomar. Se removió en plumas el gallinero. De la llanura llegaba hasta allí el olor fresco de la madrugada, filtrándose por las rendijas un claror de día en puerta. El gallo retumbó un momento su cresta encarnada y, afianzándose en las últimas cañas, disparó sus flechas de canto, que fueron a clavarse en la rueda inútil, embadurnada de barro seco, que descansaba junto a la puerta de la gorriera. Chasqueó en cobre su campanilla la mula coja». Y así siempre. *Baladas del Quijote*, es uno de los libros más bellos publicados últimamente, libro de escritor ya maduro, en posesión de todos los mandos del lenguaje, y de ese arte tan difícil de recrear las obras clásicas, aproximándolas al lector moderno en vivas y animadas exégesis, más fecundas que el más erudito comentario.

«AL TRAVES DE ALMAS Y LIBROS»

En el número anterior de nuestra Revista nos ocupamos de *Primavera en Castilla*, del ilustre escritor agustino: P. Félix García. Un nuevo libro del mismo escritor solicita ahora nuestra atención y comentario. Se titula *Al través de almas y libros* y es, como aquél, de crítica literaria, aunque de más amplio y complejo empeño, por el número y diversidad de los autores estudiados. Una peregrinación a través del alma y la obra de Ramiro de Maeztu, Araujo-Costa, Palacio Valdés, Concha Espina, Marañón y tres escritores religiosos: el P. Pérez de Urbel, benedictino, el P. Bruno Ibeas, agustino y el P. Félix G. Olmedo, jesuita. En estas páginas brilla esa sutil manera peculiar del P. García de bucear en hombres y libros, y de darnos luego el botín recogido en sus exploraciones, en un estilo pulcro y animado, en que la precisión crítica no excluye, cuando es menester, una honda emoción lírica. Y también ese su abierto criterio, simpáticamente imparcial y objetivo. «Al Doctor Marañón no se le perdonan lo que se ha llamado sus errores políticos. Y cuando la pasión política se cruza en nuestros juicios es algo implacable». Así escribe el P. García. Pero él sabe esquivar ese escollo—sin rehuir, claro es, cuando lo cree necesario, el arma acerada de la polémica—para calar en lo hondo, permanente, verdaderamente ejemplar de cada escritor. Por eso más adelante, refiriéndose a la obra del mismo Marañón *Raíz y decoro de España*, exclama: «Dejemos al hombre en sus aciertos o desaciertos políticos o sociales. Mi deber es señalar el gran acierto de este libro y el gran espíritu que lo alienta». ¡Qué falta hacen en nuestras letras—en nuestras letras de uno y otro

campo—palabras tan justas y sinceras como éstas! Entre otras cosas, sobresale en este libro del P. Félix García, por su construcción psicológica y ambiental, la silueta del benedictino fray Justo Pérez de Urbel, anclado allí en su monasterio de Silos, como un monje medieval, erudito y artista, que un día descifra, tras largos estudios y desvelos, el misterio de su famoso claustro, y otro día canta en inspirado y grave acento su no menos famoso ciprés—imán de poetas—, que se alza rígido e impenetrable, como un encapuchado monje más de la histórica abadía. *Al través de almas y libros*, en suma, es una valiosa muestra más de la capacitación del P. Félix García para la crítica literaria, que le viene proporcionando tantos triunfos entre los espíritus más selectos.

«BOSQUE SIN SALIDA»

De Huelva nos ha llegado *Bosque sin salida*, sencillo libro de poemas, debido a la exquisita pluma de María Luisa Muñoz de Buendía. Bosque poblado de niños, flores, nubes, pájaros... Por entre los cuales pasea la autora, soñando sus bellos juegos metafóricos. Ya son las nubes de otoño que

maquillados modelos
se prueban fervorosos
sus modas del invierno,

ya las margaritas que

rifan el amor
sobre el verde tapete del prado.

Juan Ramón Jiménez traza en el umbral del libro un bellísimo retrato lírico de su autora: «Pienso—dice—en María Luisa de Huelva, arbusto, enredadera errante de su patio íntimo, de su bosque penúltimo todavía, inmensos los dos en su secreta soledad, como un libre oasis del desierto, con fuga cercana sólo a la estrella. Va y viene vestida de primavera, de patio a bosque, de bosque a patio, inconstante una hora, después del trajín visible del día, abriendo sus flores poéticas, sus cancioncillas en flor al morado crepúsculo segundo».

«De patio a bosque, de bosque a patio», María Luisa Muñoz—María Luisa de Huelva—, hilando sus sueños más tiernos e inefables, las mieles más puras de su feminidad, ha ido creando su «bosque sin salida», frondoso y delicado, y cuyos aires nos llegan, nos acarician los sentidos, como una temblorosa bandada de juegos, de risas, de amores, de ternuras...

«LATITUDES»

Este libro del poeta y prosista ecuatoriano Jorge Carrera Andrade—bien conocido en nuestros medios literarios—es un libro de viajero infatigable, que cada día gusta arrancar a la geografía del mundo—como a seductor calendario—la hojilla de una nueva emoción. Un alucinante cóctel de tierras, ciudades, hombres, letras...—del mar Caribe a España—, que nos sirve con gesto elegante de barman que sabe mezclar toda clase de zumos y licores exóticos, sin descomponer el grato sabor de su mixtura. Un «caramelo cosmopolita», para utilizar la definición que el autor da de los libros viajeros de Paul Morand. Con certera frase, con fresca pincelada impresionista, con gracia virgen de expresión—gracia de auténtico poeta—, Carrera Andrade va prendiendo en el papel sus sensaciones, sensaciones de hombre culto y artista, atraído lo mismo por un guiño lírico, que por la palabra o el acto arrebatado de un político. Tiene especial interés para nosotros la última parte de este libro: «Letras de la Nueva España», en la que el autor se ocupa de la poesía de Jorge Guillén y de Giménez Caballero y su evolución desde los días de su episódico robinsonismo hasta los sueños imperiales, fascistas, de su *Genio de España*. Queremos terminar este breve comentario transcribiendo unas palabras de Carrera Andrade, en las que comparando la poesía de Jorge Guillén con la de Alberti, García Lorca y Salinas, traza este gráfico de la obra de dichos poetas: «Guillén es el tono y el rigor, como Alberti es el temperamento y García Lorca la fisonomía étnica. En cuanto a Pedro Salinas es la proyección espectral de Juan Ramón Jiménez en un cuadrilátero de hielo».

«LA ISLA QUE NAVEGA»

Esta Isla que navega es Menorca. Y su cantor, Francisco Castells. Con este libro se inaugura la Colección Pauta, que un grupo de fervorosos menorquinos quieren sostener—en un clima de seriedad y pureza—con el propósito de ir despojando a su tierra de cuantos tópicos le ha ido colgando una leyenda falsa y lamentable. *La Isla que navega* es una colección de crónicas, de ritmo rápido y acento lírico, sobre

motivos de Menorca. Sus títulos: «Estampas de luz en invierno», «Madrugada en la Bahía», «Sillares centenarios», «Retablos megalíticos», «Ascensión al Monte Toro», «Playas y aldeas pescadoras», etc., nos dan ya el perfil heterogéneo—dentro de su unidad inspiradora—de este libro. Andrés Casasnovas que lo prologa atinadamente—prologando a la par la Colección—, nos presenta a Francisco Castells como autor muy joven, enamorado de la luz levantina, más preocupado del concepto que de la forma. Pero esto no quiere decir que desdeñe aquélla, que en ocasiones logra aciertos rotundos, y siempre es fina, pulcra, trabajada. Creemos con el prologuista que el autor de este libro primerizo, ha de escribir muchas y buenas obras en el futuro. Desde esta otra *Isla* que también navega... le animamos a proseguir su labor, cada día con vuelo más alto y más abierto.

P. PÉREZ CLOTET

RAFAEL DE URBANO

Rafael de Urbano, nuestro querido compañero, se ha marchado a Madrid. Sentimos verdaderamente su ausencia, aunque nos alegramos por él, ya que allí sus grandes dotes literarias encontrarán ancho campo donde desarrollarse y producir óptimos frutos. Desde Madrid seguirá Rafael de Urbano colaborando en ISLA, trasladando a sus páginas palpitaciones de viva actualidad. Le enviamos al buen amigo nuestro cariñoso recuerdo y hacemos los más fervientes votos porque vea colmadas todas sus legítimas aspiraciones.

NUEVAS REVISTAS

Tres nuevas Revistas jóvenes llegaron a nuestras manos últimamente: *Hojas de Poesía*, de Sevilla, *Atalaya*, de Lesaca (Navarra) y *Ciprés*, de Burgos. La primera—ya lo indica su nombre—es una publicación puramente lírica, un cartel de poesía sevillana y andaluza. Junto a firmas ya conocidas desde los tiempos de *Mediodía*, aparecen abundantes nombres nuevos, que ensayan en sus páginas sus primeras metáforas. *Atalaya* viene llena de preocupaciones, de problemas; apunta a cielos altos y complejos. Y por los números aparecidos demuestra que tiene arrestos para hacer grandes cosas. La tercera, *Ciprés*—verso y prosa; pulcra modernidad y limpio aroma pretérito—tiene verdadera gracia y gallardía, y nos trae en sus verdes ramas un alborozado abril de jilgueros. (Correspondemos a su saludo con uno nuestro cordialísimo.)

ANTOLOGÍA DE POETAS ANDALUCES

Ya habrá visto el lector el anuncio de una próxima *Antología parcial de poetas andaluces*, que actualmente prepara Alvaro Arauz, y que publicaremos en nuestra «Colección ISLA». Comprenderá de 1925 a 1935. Y en ella figurarán desde Alberti y García Lorca hasta los más nuevos poetas, hasta ahora ausentes de la luz blanda, y un poco teatral, de las Antologías. El colector llama parcial a la suya, para que nadie se llame a engaño. Para que nadie—digámoslo vulgarmente—salga al publicarse por peteneras... Por peteneras del poeta que falta o del que sobra. ¿Cuántos, cuáles poetas jóvenes irán en ella? No lo sabemos. Allí el antólogo con su difícil labor de selección. ISLA se limita a recoger en su Colección—y a darle en su día, desde el altavoz de sus páginas, la merecida resonancia—el interesante y oportuno trabajo de Alvaro Arauz, que viene a llenar un vacío que ya se hacía sentir en nuestras letras andaluzas.

HOMENAJE

Pepe Caballero, gran pintor onubense, ilustró espléndidamente, como saben los amigos del buen arte, el magnífico *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*, de Federico García Lorca. Con este motivo, los animadores de la fina página literaria *Letras*, del periódico *La Provincia*, de Huelva, han dedicado un justo, emocionado homenaje a pintor y poeta, reanudando con él la vida de dicha página, que sufría una circunstancial interrupción. Colaboran en él, con trabajos en prosa, Adriano del Valle, Rafael Manzano, J. Pérez Palacios y Carlos María de Vallejo, y con un airoso romance—*Yegherisa de García Lorca*—Rogelio Buendía. No puede ser más atinada y oportuna la idea de tal homenaje, al que *Isla* se adhiere con toda simpatía y fervor. Gozosa de que *Letras*—recientemente elogiada por Carmen Conde, en *El Sol*, de Madrid—vuelva a levantar su ágil vuelo de belleza, que debería servir de estímulo a otros periódicos de provincias, para abrir en su vida de apasionada política y estridente cotidianidad informativa, esas ventanas altas y luminosas—ventanas al azul y al aire puro—que son las páginas literarias.

a Enrique Fernández Arbós

"Panfare"

para 3 trompetas, 4 trompas,
timbales y tambores

2

Mamuel de Falla

"Fanfare"

[4 5 3 7 2 1 4]

E. P. Arbos
1 2 3 4 5 6 7

Allargo vivace e con brio

4. 2. 3. Trombe
ma do
3. 4. 5. 6. 7.

4. 2. 3. 4. 5. 6. 7. Corni
in F2

Timpani (banch. di legno)

Tamb. milit. (caine dain)

Tamb. (caine on bois)

Tr. 1. 2. 3. 4. 5. 6. 7. 8. 9. 10. 11. 12. 13. 14. 15. 16. 17. 18. 19. 20. 21. 22. 23. 24. 25. 26. 27. 28. 29. 30. 31. 32. 33. 34. 35. 36. 37. 38. 39. 40. 41. 42. 43. 44. 45. 46. 47. 48. 49. 50. 51. 52. 53. 54. 55. 56. 57. 58. 59. 60. 61. 62. 63. 64. 65. 66. 67. 68. 69. 70. 71. 72. 73. 74. 75. 76. 77. 78. 79. 80. 81. 82. 83. 84. 85. 86. 87. 88. 89. 90. 91. 92. 93. 94. 95. 96. 97. 98. 99. 100. 101. 102. 103. 104. 105. 106. 107. 108. 109. 110. 111. 112. 113. 114. 115. 116. 117. 118. 119. 120. 121. 122. 123. 124. 125. 126. 127. 128. 129. 130. 131. 132. 133. 134. 135. 136. 137. 138. 139. 140. 141. 142. 143. 144. 145. 146. 147. 148. 149. 150. 151. 152. 153. 154. 155. 156. 157. 158. 159. 160. 161. 162. 163. 164. 165. 166. 167. 168. 169. 170. 171. 172. 173. 174. 175. 176. 177. 178. 179. 180. 181. 182. 183. 184. 185. 186. 187. 188. 189. 190. 191. 192. 193. 194. 195. 196. 197. 198. 199. 200. 201. 202. 203. 204. 205. 206. 207. 208. 209. 210. 211. 212. 213. 214. 215. 216. 217. 218. 219. 220. 221. 222. 223. 224. 225. 226. 227. 228. 229. 230. 231. 232. 233. 234. 235. 236. 237. 238. 239. 240. 241. 242. 243. 244. 245. 246. 247. 248. 249. 250. 251. 252. 253. 254. 255. 256. 257. 258. 259. 260. 261. 262. 263. 264. 265. 266. 267. 268. 269. 270. 271. 272. 273. 274. 275. 276. 277. 278. 279. 280. 281. 282. 283. 284. 285. 286. 287. 288. 289. 290. 291. 292. 293. 294. 295. 296. 297. 298. 299. 300. 301. 302. 303. 304. 305. 306. 307. 308. 309. 310. 311. 312. 313. 314. 315. 316. 317. 318. 319. 320. 321. 322. 323. 324. 325. 326. 327. 328. 329. 330. 331. 332. 333. 334. 335. 336. 337. 338. 339. 340. 341. 342. 343. 344. 345. 346. 347. 348. 349. 350. 351. 352. 353. 354. 355. 356. 357. 358. 359. 360. 361. 362. 363. 364. 365. 366. 367. 368. 369. 370. 371. 372. 373. 374. 375. 376. 377. 378. 379. 380. 381. 382. 383. 384. 385. 386. 387. 388. 389. 390. 391. 392. 393. 394. 395. 396. 397. 398. 399. 400. 401. 402. 403. 404. 405. 406. 407. 408. 409. 410. 411. 412. 413. 414. 415. 416. 417. 418. 419. 420. 421. 422. 423. 424. 425. 426. 427. 428. 429. 430. 431. 432. 433. 434. 435. 436. 437. 438. 439. 440. 441. 442. 443. 444. 445. 446. 447. 448. 449. 450. 451. 452. 453. 454. 455. 456. 457. 458. 459. 460. 461. 462. 463. 464. 465. 466. 467. 468. 469. 470. 471. 472. 473. 474. 475. 476. 477. 478. 479. 480. 481. 482. 483. 484. 485. 486. 487. 488. 489. 490. 491. 492. 493. 494. 495. 496. 497. 498. 499. 500. 501. 502. 503. 504. 505. 506. 507. 508. 509. 510. 511. 512. 513. 514. 515. 516. 517. 518. 519. 520. 521. 522. 523. 524. 525. 526. 527. 528. 529. 530. 531. 532. 533. 534. 535. 536. 537. 538. 539. 540. 541. 542. 543. 544. 545. 546. 547. 548. 549. 550. 551. 552. 553. 554. 555. 556. 557. 558. 559. 560. 561. 562. 563. 564. 565. 566. 567. 568. 569. 570. 571. 572. 573. 574. 575. 576. 577. 578. 579. 580. 581. 582. 583. 584. 585. 586. 587. 588. 589. 590. 591. 592. 593. 594. 595. 596. 597. 598. 599. 600. 601. 602. 603. 604. 605. 606. 607. 608. 609. 610. 611. 612. 613. 614. 615. 616. 617. 618. 619. 620. 621. 622. 623. 624. 625. 626. 627. 628. 629. 630. 631. 632. 633. 634. 635. 636. 637. 638. 639. 640. 641. 642. 643. 644. 645. 646. 647. 648. 649. 650. 651. 652. 653. 654. 655. 656. 657. 658. 659. 660. 661. 662. 663. 664. 665. 666. 667. 668. 669. 670. 671. 672. 673. 674. 675. 676. 677. 678. 679. 680. 681. 682. 683. 684. 685. 686. 687. 688. 689. 690. 691. 692. 693. 694. 695. 696. 697. 698. 699. 700. 701. 702. 703. 704. 705. 706. 707. 708. 709. 710. 711. 712. 713. 714. 715. 716. 717. 718. 719. 720. 721. 722. 723. 724. 725. 726. 727. 728. 729. 730. 731. 732. 733. 734. 735. 736. 737. 738. 739. 740. 741. 742. 743. 744. 745. 746. 747. 748. 749. 750. 751. 752. 753. 754. 755. 756. 757. 758. 759. 760. 761. 762. 763. 764. 765. 766. 767. 768. 769. 770. 771. 772. 773. 774. 775. 776. 777. 778. 779. 780. 781. 782. 783. 784. 785. 786. 787. 788. 789. 790. 791. 792. 793. 794. 795. 796. 797. 798. 799. 800. 801. 802. 803. 804. 805. 806. 807. 808. 809. 810. 811. 812. 813. 814. 815. 816. 817. 818. 819. 820. 821. 822. 823. 824. 825. 826. 827. 828. 829. 830. 831. 832. 833. 834. 835. 836. 837. 838. 839. 840. 841. 842. 843. 844. 845. 846. 847. 848. 849. 850. 851. 852. 853. 854. 855. 856. 857. 858. 859. 860. 861. 862. 863. 864. 865. 866. 867. 868. 869. 870. 871. 872. 873. 874. 875. 876. 877. 878. 879. 880. 881. 882. 883. 884. 885. 886. 887. 888. 889. 890. 891. 892. 893. 894. 895. 896. 897. 898. 899. 900. 901. 902. 903. 904. 905. 906. 907. 908. 909. 910. 911. 912. 913. 914. 915. 916. 917. 918. 919. 920. 921. 922. 923. 924. 925. 926. 927. 928. 929. 930. 931. 932. 933. 934. 935. 936. 937. 938. 939. 940. 941. 942. 943. 944. 945. 946. 947. 948. 949. 950. 951. 952. 953. 954. 955. 956. 957. 958. 959. 960. 961. 962. 963. 964. 965. 966. 967. 968. 969. 970. 971. 972. 973. 974. 975. 976. 977. 978. 979. 980. 981. 982. 983. 984. 985. 986. 987. 988. 989. 990. 991. 992. 993. 994. 995. 996. 997. 998. 999. 1000. 1001. 1002. 1003. 1004. 1005. 1006. 1007. 1008. 1009. 1010. 1011. 1012. 1013. 1014. 1015. 1016. 1017. 1018. 1019. 1020. 1021. 1022. 1023. 1024. 1025. 1026. 1027. 1028. 1029. 1030. 1031. 1032. 1033. 1034. 1035. 1036. 1037. 1038. 1039. 1040. 1041. 1042. 1043. 1044. 1045. 1046. 1047. 1048. 1049. 1050. 1051. 1052. 1053. 1054. 1055. 1056. 1057. 1058. 1059. 1060. 1061. 1062. 1063. 1064. 1065. 1066. 1067. 1068. 1069. 1070. 1071. 1072. 1073. 1074. 1075. 1076. 1077. 1078. 1079. 1080. 1081. 1082. 1083. 1084. 1085. 1086. 1087. 1088. 1089. 1090. 1091. 1092. 1093. 1094. 1095. 1096. 1097. 1098. 1099. 1100. 1101. 1102. 1103. 1104. 1105. 1106. 1107. 1108. 1109. 1110. 1111. 1112. 1113. 1114. 1115. 1116. 1117. 1118. 1119. 1120. 1121. 1122. 1123. 1124. 1125. 1126. 1127. 1128. 1129. 1130. 1131. 1132. 1133. 1134. 1135. 1136. 1137. 1138. 1139. 1140. 1141. 1142. 1143. 1144. 1145. 1146. 1147. 1148. 1149. 1150. 1151. 1152. 1153. 1154. 1155. 1156. 1157. 1158. 1159. 1160. 1161. 1162. 1163. 1164. 1165. 1166. 1167. 1168. 1169. 1170. 1171. 1172. 1173. 1174. 1175. 1176. 1177. 1178. 1179. 1180. 1181. 1182. 1183. 1184. 1185. 1186. 1187. 1188. 1189. 1190. 1191. 1192. 1193. 1194. 1195. 1196. 1197. 1198. 1199. 1200. 1201. 1202. 1203. 1204. 1205. 1206. 1207. 1208. 1209. 1210. 1211. 1212. 1213. 1214. 1215. 1216. 1217. 1218. 1219. 1220. 1221. 1222. 1223. 1224. 1225. 1226. 1227. 1228. 1229. 1230. 1231. 1232. 1233. 1234. 1235. 1236. 1237. 1238. 1239. 1240. 1241. 1242. 1243. 1244. 1245. 1246. 1247. 1248. 1249. 1250. 1251. 1252. 1253. 1254. 1255. 1256. 1257. 1258. 1259. 1260. 1261. 1262. 1263. 1264. 1265. 1266. 1267. 1268. 1269. 1270. 1271. 1272. 1273. 1274. 1275. 1276. 1277. 1278. 1279. 1280. 1281. 1282. 1283. 1284. 1285. 1286. 1287. 1288. 1289. 1290. 1291. 1292. 1293. 1294. 1295. 1296. 1297. 1298. 1299. 1300. 1301. 1302. 1303. 1304. 1305. 1306. 1307. 1308. 1309. 1310. 1311. 1312. 1313. 1314. 1315. 1316. 1317. 1318. 1319. 1320. 1321. 1322. 1323. 1324. 1325. 1326. 1327. 1328. 1329. 1330. 1331. 1332. 1333. 1334. 1335. 1336. 1337. 1338. 1339. 1340. 1341. 1342. 1343. 1344. 1345. 1346. 1347. 1348. 1349. 1350. 1351. 1352. 1353. 1354. 1355. 1356. 1357. 1358. 1359. 1360. 1361. 1362. 1363. 1364. 1365. 1366. 1367. 1368. 1369. 1370. 1371. 1372. 1373. 1374. 1375. 1376. 1377. 1378. 1379. 1380. 1381. 1382. 1383. 1384. 1385. 1386. 1387. 1388. 1389. 1390. 1391. 1392. 1393. 1394. 1395. 1396. 1397. 1398. 1399. 1400. 1401. 1402. 1403. 1404. 1405. 1406. 1407. 1408. 1409. 1410. 1411. 1412. 1413. 1414. 1415. 1416. 1417. 1418. 1419. 1420. 1421. 1422. 1423. 1424. 1425. 1426. 1427. 1428. 1429. 1430. 1431. 1432. 1433. 1434. 1435. 1436. 1437. 1438. 1439. 1440. 1441. 1442. 1443. 1444. 1445. 1446. 1447. 1448. 1449. 1450. 1451. 1452. 1453. 1454. 1455. 1456. 1457. 1458. 1459. 1460. 1461. 1462. 1463. 1464. 1465. 1466. 1467. 1468. 1469. 1470. 1471. 1472. 1473. 1474. 1475. 1476. 1477. 1478. 1479. 1480. 1481. 1482. 1483. 1484. 1485. 1486. 1487. 1488. 1489. 1490. 1491. 1492. 1493. 1494. 1495. 1496. 1497. 1498. 1499. 1500. 1501. 1502. 1503. 1504. 1505. 1506. 1507. 1508. 1509. 1510. 1511. 1512. 1513. 1514. 1515. 1516. 1517. 1518. 1519. 1520. 1521. 1522. 1523. 1524. 1525. 1526. 1527. 1528. 1529. 1530. 1531. 1532. 1533. 1534. 1535. 1536. 1537. 1538. 1539. 1540. 1541. 1542. 1543. 1544. 1545. 1546. 1547. 1548. 1549. 1550. 1551. 1552. 1553. 1554. 1555. 1556. 1557. 1558. 1559. 1560. 1561. 1562. 1563. 1564. 1565. 1566. 1567. 1568. 1569. 1570. 1571. 1572. 1573. 1574. 1575. 1576. 1577. 1578. 1579. 1580. 1581. 1582. 1583. 1584. 1585. 1586. 1587. 1588. 1589. 1590. 1591. 1592. 1593. 1594. 1595. 1596. 1597. 1598. 1599. 1600. 1601. 1602. 1603. 1604. 1605. 1606. 1607. 1608. 1609. 1610. 1611. 1612. 1613. 1614. 1615. 1616. 1617. 1618. 1619. 1620. 1621. 1622. 1623. 1624. 1625. 1626. 1627. 1628. 1629. 1630. 1631. 1632. 1633. 1634. 1635. 1636. 1637. 1638. 1639. 1640. 1641. 1642. 1643. 1644. 1645. 1646. 1647. 1648. 1649. 1650. 1651. 1652. 1653. 1654. 1655. 1656. 1657. 1658. 1659. 1660. 1661. 1662. 1663. 1664. 1665. 1666. 1667. 1668. 1669. 1670. 1671. 1672. 1673. 1674. 1675. 1676. 1677. 1678. 1679. 1680. 1681. 1682. 1683. 1684. 1685. 1686. 1687. 1688. 1689. 1690. 1691. 1692. 1693. 1694. 1695. 1696. 1697. 1698. 1699. 1700. 1701. 1702. 1703. 1704. 1705. 1706. 1707. 1708. 1709. 1710. 1711. 1712. 1713. 1714. 1715. 1716. 1717. 1718. 1719. 1720. 1721. 1722. 1723. 1724. 1725. 1726. 1727. 1728. 1729. 1730. 1731. 1732. 1733. 1734. 1735. 1736. 1737. 1738. 1739. 1740. 1741. 1742. 1743. 1744. 1745. 1746. 1747. 1748. 1749. 1750. 1751. 1752. 1753. 1754. 1755. 1756. 1757. 1758. 1759. 1760. 1761. 1762. 1763. 1764. 1765. 1766. 1767. 1768. 1769. 1770. 1771. 1772. 1773. 1774. 1775. 1776. 1777. 1778. 1779. 1780. 1781. 1782. 1783. 1784. 1785. 1786. 1787. 1788. 1789. 1790. 1791. 1792. 1793. 1794. 1795. 1796. 1797. 1798. 1799. 1800. 1801. 1802. 1803. 1804. 1805. 1806. 1807. 1808. 1809. 1810. 1811. 1812. 1813. 1814. 1815. 1816. 1817. 1818. 1819. 1820. 1821. 1822. 1823. 1824. 1825. 1826. 1827. 1828. 1829. 1830. 1831. 1832. 1833. 1834. 1835. 1836. 1837. 1838. 1839. 1840. 1841. 1842. 1843. 1844. 1845. 1846. 1847. 1848. 1849. 1850. 1851. 1852. 1853. 1854. 1855. 1856. 1857. 1858. 1859. 1860. 1861. 1862. 1863. 1864. 1865. 1866. 1867. 1868. 1869. 1870. 1871. 1872. 1873. 1874. 1875. 1876. 1877. 1878. 1879. 1880. 1881. 1882. 1883. 1884. 1885. 1886. 1887. 1888. 1889. 1890. 1891. 1892. 1893. 1894. 1895. 1896. 1897. 1898. 1899. 1900. 1901. 1902. 1903. 1904. 1905. 1906. 1907. 1908. 1909. 1910. 1911. 1912. 1913. 1914. 1915. 1916. 1917. 1918. 1919. 1920. 1921. 1922. 1923. 1924. 1925. 1926. 1927. 1928. 1929. 1930. 1931. 1932. 1933. 1934. 1935. 1936. 1937. 1938. 1939. 1940. 1941. 1942. 1943. 1944. 1945. 1946. 1947. 1948. 1949. 1950. 1951. 1952. 1953. 1954. 1955. 1956. 1957. 1958. 1959. 1960. 1961. 1962. 1963. 1964. 1965. 1966. 1967. 1968. 1969. 1970. 1971. 1972. 1973. 1974. 1975. 1976. 1977. 1978. 1979. 1980. 1981. 1982. 1983. 1984. 1985. 1986. 1987. 1988. 1989. 1990. 1991. 1992. 1993. 1994. 1995. 1996. 1997. 1998. 1999. 2000. 2001. 2002. 2003. 2004. 2005. 2006. 2007. 2008. 2009. 2010. 2011. 2012. 2013. 2014. 2015. 2016. 2017. 2018. 2019. 2020. 2021. 2022. 2023. 2024. 2025. 2026. 2027. 2028. 2029. 2030. 2031. 2032. 2033. 2034. 2035. 2036. 2037. 2038. 2039. 2040. 2041. 2042. 2043. 2044. 2045. 2046. 2047. 2048. 2049. 2050. 2051. 2052. 2053. 2054. 2055. 2056. 2057. 2058. 2059. 2060. 2061. 2062. 2063. 2064. 2065. 2066. 2067. 2068. 2069. 2070. 2071. 2072. 2073. 2074. 2075. 2076. 2077. 2078. 2079. 2080. 2081. 2082. 2083. 2084. 2085. 2086. 2087. 2088. 2089. 2090. 2091. 2092. 2093. 2094. 2095. 2096. 2097. 2098. 2099. 2100. 2101. 2102. 2103. 2104. 2105. 2106. 2107. 2108. 2109. 2110. 2111. 2112. 2113. 2114. 2115. 2116. 2117. 2118. 2119. 2120. 2121. 2122. 2123. 2124. 2125. 2126. 2127. 2128. 2129. 2130. 2131. 2132. 2133. 2134. 2135. 2136. 2137. 2138. 2139. 2140. 2141. 2142. 2143. 2144. 2145. 2146. 2147. 2148. 2149. 2150. 2151. 2152. 2153. 2154. 2155. 2156. 2157. 2158. 2159. 2160. 2161. 2162. 2163. 2164. 2165. 2166. 2167. 2168. 2169. 2170. 2171. 2172. 2173. 2174. 2175. 2176. 2177. 2178. 2179. 2180. 2181. 2182. 2183. 2184. 2185. 2186. 2187. 2188. 2189. 2190. 2191. 2192.

Handwritten musical score for five staves, labeled Tr., C., T., T. m., and Tamb. The score is marked with a circled 3 above the first staff. The Tr. staff contains a melodic line with eighth and sixteenth notes. The C. staff contains a complex rhythmic pattern with many beamed notes. The T. staff contains a melodic line with eighth notes. The T. m. staff contains a simple rhythmic pattern. The Tamb. staff contains a simple rhythmic pattern. The score is marked with *mf* and *mf marc.* dynamics. A circled 3 is also present below the Tamb. staff.

Handwritten musical score for five staves, labeled Tr., C., T., T. m., and Tamb. The score is marked with a circled 4 above the first staff. The Tr. staff contains a melodic line with eighth and sixteenth notes. The C. staff contains a complex rhythmic pattern with many beamed notes. The T. staff contains a melodic line with eighth notes. The T. m. staff contains a simple rhythmic pattern. The Tamb. staff contains a simple rhythmic pattern. The score is marked with *mf* and *pp* dynamics. A circled 4 is also present below the Tamb. staff.

i s l a
hojas de arte y letras
año 1935 -- número 7-8
c á d i z

Prohibida la reproducción
Copyright by
Manuel de Falla

SUMARIO

- Romanticismo*, por José María Morón.
Pulso de Pío Baroja, por Ricardo Gullón.
Farsa en 3, por Gutiérrez Albelo.
Las edades del Guadalquivir, por Adriano del Valle.
Luna, por Eduardo de Ontañón.
Las necesidades de la vida, por R. Porlán y Merlo.
Sonetos, por Miguel Hernández.
El Narciso de la cuesta del Rosario, por M. de Rojas Marcos.
Entendimiento de Andalucía, por Rafael de Urbano.
Costas de carne, por Julio Angulo.
Aurora en fondo de amor, por Augusto M.^a Casas.
Poesía y Crítica, por Enrique Azcoaga.
Tres poemas de Velimir Khlebnikov.
Poema, por Raimundo Gaspar.
Voluntad, por Juan Ruiz Peña.
Dos poemas, por Iván de Tarfe.
Primavera, por María Luisa Muñoz de Buendía.
Fuga, por Alvaro Arauz.
Prestigio y ejemplo de Adriano del Valle, por R. Olivares Figueroa.
A la pistola de Larra, por Antonio Oliver Belmás.
Primera encuesta de ISLA: La nueva literatura ante el centenario del Romanticismo.
Notas: Garcilaso, poeta romántico, por P. Pérez Clotet.
T. S. H.

SUPLEMENTO:

- Fanfare*, por Manuel de Falla. (Reproducción fotográfica).

Cádiz : 1935
Imp. Salvador Repeto
Marqués de Cádiz, 5

3 Ptas.